

*A*sociación de amigos del *Real Monasterio*
de *Santa María del Pualar*

En el día de San Benito Abad y Fundador
julio 1999

Un paseo por la Vida Diaria de
un Monasterio
(Reflexiones e Informaciones)

M. A. Díaz Mier
Dr. Econ.

ÍNDICE

I. Introducción y justificación	1
II. Unas mínimas notas de historia	7
III. En torno a la vida diaria	17
IV. Algunos aspectos prácticos	41
V. Unas notas sobre cultura	51
VI. Arquitectura y otras artes	60
VII. San Benito	69
VIII. A modo de epílogo	77
Bibliografía	80

I. INTRODUCCIÓN Y JUSTIFICACIÓN.

En la preparación de estas “Reflexiones” he encontrado pocos textos tan expresivos como el del profesor J. Le Goff¹ en su prólogo al “Dictionnaire historique des ordres religieux”. Por ello, en el pórtico de las mismas, permítaseme reproducirlo “in extenso”.

Se pregunta dicho autor “¿Cómo comprender nuestra civilización, nuestra historia, nuestra sensibilidad sin la memoria, sin los testimonios de las historias de esos “locos de Dios” que han elegido la soledad –unas veces en sentido estricto; otras, en el de una cierta retirada o una renuncia al mundo- para conseguir la salvación y la de los hombres, para sentirse más cerca de Dios, para rezarle, para llevar a cabo la obra más alta, la de Dios – Opus Dei – en un sentido pleno al que resulta preciso desgajar de las resonancias político-confesionales que hoy puede tener la expresión?”.

El monje y la monja han sido entre los siglos IV y XV – y de una forma menos consensuada en los años siguientes – la más alta encarnación del hombre y la mujer en la sociedad occidental. Los seres más poderosos, reyes, señores, obispos, maestros universitarios, cuando se acercaban a la muerte buscaban vestir frecuentemente un hábito monástico, al que se consideraba proporcionaba la mejor acogida en la puerta del paraíso.

El poder espiritual del monje estaba acompañado de un poder económico. Los monasterios han sido mucho tiempo grandes señoríos rurales capaces – por el volumen de su producción – de practicar, antes y mejor que los señores laicos poderosos una economía parcialmente monetaria, de ser establecimientos de crédito y favorecer la evolución de las economías, incluso si se ha exagerado en esto su papel en las llamadas la “revolución agrícola” y la “revolución industrial” de la Edad Media.

El monje, que ya no tiene en la sociedad real contemporánea ese papel de primer orden, continúa inspirando la imaginación de Occidente, en el romanticismo y en las series policíacas, en el cine y en la televisión de nuestro siglo o en los trabajos literarios del XIX.

¹ “Dictionnaire historique des ordres religieux”, Fayard, 1998

Las huellas visibles del mundo monástico medieval y postmedieval forman un gran capítulo del arte occidental, desde los monasterios románicos a los del periodo renacentista o barroco. Mundo inicialmente relacionado con el mundo rural, el monasterio también ha influido sobre paisajes urbanos y suburbanos. Centros de poder relacionados con las monarquías (las Huelgas, el Escorial...), centros intelectuales y artísticos, en los que durante mucho tiempo el libro, el manuscrito ha sido producido esencialmente en las bibliotecas – talleres de los monasterios y en los que ha sido pintada lo esencial de la miniatura medieval, antes de que los talleres urbanos tomen su relevo en el siglo XIII. Centros en que las vidas de santos – pero también las crónicas de príncipes y reyes fueron redactadas

Mundo, en definitiva – señala Le Goff – difícil y poco conocido por el gran público que lo ve a través de mitos, leyendas o imágenes imprecisas”

He destacado esta larga cita inicial por varias razones: a) porque señala la pluralidad de enfoques con los que se puede intentar abordar las cuestiones relativas al monacato. Ciertamente no puede olvidarse que por encima de todo ha de destacarse lo religioso y principal, aunque no exclusivamente, el catolicismo. Pero caben - ¿cómo no?- respecto al mismo análisis en que podrían destacarse lo artístico, lo arquitectónico, lo literario, lo económico, etc. Ello permite asegurar a los amigos del Paular que no faltarán en el futuro temas para nuestros encuentros anuales y que profesionales de muy diversos saberes continuarán ilustrándonos sobre aspectos relacionados con sus actividades con reflejo en aspectos del mundo monástico.

b) Porque avisa acerca de los peligros de enfoques basados en tópicos muy variados. Debo manifestar al respecto que he tenido ocasión de seguir en años pasados en colecciones cristianas francesas una polémica muy viva entre un antiguo ex-monje que se calificaba a sí mismo como un “prisionero de Dios” y otros monjes que le replicaron desde la exposición de su quehacer diario. Parecería que el pasaje evangélico del Maestro ¿donde vives? facilita una buena respuesta. En ese sentido, conocer las moradas y las formas de vida de los monjes parece un requisito mínimo para cualquier valoración desprovista de prejuicios.

c) Porque no pueden negarse las interrelaciones de los hechos religiosos y los políticos especialmente en las etapas de mayor esplendor de la institución monacal, pero también en su declinar y renacimientos. Igualmente el monacato y su estudio resultan indispensables a la hora de analizar la Iglesia Católica.

Pero, antes de entrar en el desarrollo de nuestro tema, debo hacer pública confesión de mis limitaciones. Aunque aficionado a la consideración de aspectos históricos, culturales o políticos, profesionalmente prima en quien esto escribe la formalización del economista. Al saber que había de llevar a cabo una exposición de un tema relacionado con el mundo monástico me planteé inicialmente compartir unas reflexiones sobre la economía del monasterio e incluso de manera más concreta sobre cuestiones relativas a la organización, entendiendo este concepto en la línea de los tratadistas de la sociología o de los estudiosos de la vida empresarial.

He de reconocer que, poco a poco, en el estudio de la bibliografía que he tenido ocasión de analizar, en los contactos con monasterios de otros países y naturalmente con esta casa, el propósito inicial se fue complicando cada vez más y que, con espíritu de aprendiz de observador, quizá a la manera de esos trabajos de historiadores eminentes que reflejaron en la que hoy se llama historia “soft” las estampas de diversas instituciones – el día de mercado de una ciudad medieval o la hora de España – he pretendido ofrecer una visión humana de la vida en un monasterio no identificado ni en tiempo ni espacio. He intentado exponer en una serie de trazos los rasgos más sobresalientes de lo que vería un viajero o un paseante en sus primeras horas de presencia en ese monasterio y las preguntas que presumiblemente querría le contestasen.

Claro es que, para ser coherente, estas reflexiones deben ser integradas en una consideración mínima de las circunstancias de tiempo y espacio. Reconozco que he dispuesto para estudiarla de un notable arsenal bibliográfico que comencé a reunir años atrás en monasterios suizos y franceses. Los he acompañado de estancias – desgraciadamente muy breves - en comunidades españolas. Quizá en este y otros órdenes, lo importante sea reconocer de nuevo las limitaciones personales, aquellas que se reflejan como pocas - en otro contexto los versos del “divino impaciente”:

“Señora, ten compasión
de este pobre ufano y loco
que hace por tu amor tan poco
siendo tanta su afición”

Cambiamos al respecto algunos vocablos y obtendrán quienes lean estas líneas una idea más que aproximada del ánimo ilusionado, pero consciente de las limitaciones con que me enfrento a los temas que se enuncian en el resumen

2) Como ha señalado el profesor Valdeón² “la vida cotidiana, tradicionalmente pariente pobre de la investigación histórica, se ha convertido desde hace unos años, en una faceta privilegiada de la misma. Abundan las publicaciones recientes que tratan aspectos relacionados con la vida cotidiana en diferentes periodos del pasado humano y, en concreto en la Edad Media. La alimentación, la calle, la risa, la noche, los viajes, etc. son algunas de las cuestiones, entre otras muchas, analizadas por la historiografía medievalista de nuestros días, como lo es también por los estudiosos de épocas más recientes.

Tras la expresión, aparentemente sencilla, de “vida cotidiana”, se ocultan un sinfín de aspectos, pero sobre todo cuestiones de muy diversa naturaleza, materiales unas, espirituales otras. La vivienda, el vestido o la alimentación, qué duda cabe, son elementos capitales del vivir diario de los seres humanos. En cuanto sigue he procurado recoger- en cada uno de los encabezamientos en que se ha dividido el trabajo – aspectos referidos a la vida en un monasterio como puede observarla un huésped que lo visita en un plazo mínimo de tres horas.

Naturalmente, estas reflexiones preliminares se encuentran en esa línea personal ya señalada de las propias limitaciones. Unas de ellas se refieren a las fuentes utilizadas. Concebidas, como ya dije, como un estudio acerca de la “organización” se han encontrado con una enorme riqueza y variedad de fuentes. Y ahí debe señalarse que buena parte de las

² J. Valdeón: Prólogo a la “Vida Cotidiana en la España medieval”. Acta del VI Curso de Cultura Medieval, celebrado en Aguilar de Campoo (Palencia), en sept. de 1994, Eds Polifemo, 1998

historias del monacato corresponden a historias individuales de muchos monasterios. Así aparecen citados en la bibliografía – y así he examinado – algunos ejemplos significativos.

En segundo lugar, he de insistir en que resulta posible encontrar notabilísimos trabajos en órdenes profesionales muy distintos a los que se dedica el autor: arquitectura, ingeniería, arte o política – incluso la hacienda o las formas de dominio y propiedad – son temas objeto de investigaciones especializadas, que exceden del ámbito de un análisis de quien simplemente pretende dar una impresión de lo que fuera (¿y es?) un monasterio.

Destacar aspectos de la cotidianeidad permite el descubrimiento de elementos preciosos para configurar las imágenes propias o evaluar las anteriormente obtenidas. Posiblemente los prejuicios – en su sentido literal – y su significado positivo o negativo tras ese análisis quedan limitados a su justa dimensión. Cuando se tiene ocasión de conocer de cerca hechos, acciones, razones de quienes nos precedieron o viven en un mundo alejado pero cercano al nuestro, tales prejuicios suelen evaporarse.

Por ello, con este “paseo” he querido dar el paso elemental para dar a conocer una buena parte de los aspectos que se reflejan en la vida real del monasterio. Soy consciente de que resulta posible aportar un extensísimo anecdotario en que se recogería la pluralidad de elementos favorables – o todo lo contrario – generados a lo largo de muchos siglos en torno al monacato. En la medida de lo posible voy a intentar limitarme a esa técnica de las ciencias sociales que se llama la observación imparcial. Quedarán fuera de ella muchas cuestiones que seguramente enriquecerían este texto, temas de interés para el arquitecto, el historiador, el estudioso de la religión o de la política. Y sencillamente, a través de una serie de conceptos que por otro lado podrían venir ordenados en forma de minidiccionario³, desearía poder ofrecer a quienes han tenido la paciencia de haber llegado hasta aquí unas informaciones mínimas. Las mismas intentan evitar también rasgos de erudición y responder a complejas cuestiones cómo quienes eran los que vivían en los monasterios, qué hacían, cómo los mismos llegaron a ser centros de poder y cultura, etc. Me parece que ello

³ Realmente los recientes intentos de autores ingleses (T. Mc Aleavy) o franceses (A. Gerhards) han contribuido al desarrollo de esta técnica expositiva que, entre nosotros, utilizan los hermanos Cantero Montenegro. La riqueza de anécdotas se refrenda también en las crónicas de los monasterios

puede tener algún interés para los componentes de nuestra asociación, incluso dentro de las limitaciones a que me he referido anteriormente.

c) Por último, en estas notas introductorias debo hacer una concesión a un planteamiento clásico como es el intentar entrar en el peligroso capítulo de las definiciones y un examen consiguiente de referencias históricas mínimas.

3. Naturalmente, definir lo que se entiende por monacato no resulta fácil, sobre todo si se intenta hacer desde una perspectiva omnicomprendiva (¿o universal, en su sentido más amplio?). Podría utilizarse aquí esa técnica bien conocida de enumeración de definiciones, pero he preferido otra más descriptiva, que busca destacar aspectos en los que existe bastante acuerdo entre diversos autores. Así, habría una cierta coincidencia en señalar que se trata de “un sistema de vida que se lleva a cabo en una comunidad religiosa apartada del mundo”. Seguramente con esta definición tan general y tan criticable caben formas de vida e instituciones anteriores al cristianismo. En especial en la India y el Tíbet donde han ejercido una notable incidencia se encuentran hoy fórmulas - ¿en expansión?- de monacato no cristiano.

Se ha definido – quizá con un énfasis en lo ascético – el monacato⁴ como algo asociado a la renuncia a los placeres humanos, a los lazos de la vida familiar, a las ocupaciones humanas más extendidas para dedicarse a las cosas del espíritu y de Dios. En su significado etimológico la palabra enlaza con el griego “monos” (sólo) y se relacionaba con la retirada y el aislamiento del individuo; pero en sentido amplio sirve para definir a los grupos de solitarios cuya vida es corporativa en el sentido de que vivían y viven cerca unos de otros y en comunidad.

Bobrinskoy ha señalado que “las motivaciones de un monje deben ser religiosas o al menos estar fundamentadas en un sentido muy desarrollado de las potencialidades y el destino del alma humana”. En consecuencia, en su opinión, el monacato se presenta solamente en sociedades maduras o en las que ha madurado una religión.

⁴ Bobrinskoy, B. A. : “Monasticism”.

Ahora bien, en las iglesias cristianas y siempre en opinión del citado autor, el objetivo ¿original? del monje es separarse de los atractivos carentes de ética, sensuales o irreligiosos, de las distracciones de la vida social mundana para conseguir librar el espíritu de los obstáculos que impiden normalmente el logro de un autocontrol moral y de una tranquilidad mental. Conseguida la paz el cristiano puede buscar una unión de su espíritu con Dios.⁵

II. UNAS MÍNIMAS NOTAS DE HISTORIA

En el análisis que vamos a llevar a cabo resulta indispensable situar y relacionar el monacato cristiano con diferentes períodos históricos. Prescindiendo de los hechos y experiencias puramente espirituales – sobre los que he de reconocer una vez más mis limitaciones - sí puede establecerse una cierta relación de periodos y épocas de esplendor y/o decadencia del monacato, especialmente el occidental, con la evolución de la historia básicamente eclesial, pero también de la política y social. Claro es que las evaluaciones de unos y otros dependerán de autores y nacionalidades, de talentos y de prejuicios, de consideraciones y valores de cada etapa. También nuestro paseo por un monasterio parecerá distinto según la época y el país elegido. Pero - y esto es significativo- nos resulta del mayor interés esforzarse en encontrar, en ese lenguaje desmitificador de nuestros días, los puntos de unión, los mínimos (¿o máximos?) denominadores comunes del monacato a lo largo de su evolución.

Para una persona con imaginación puede ser una invitación a la fantasía la consideración de alguno de los grandes monasterios del Occidente o el Oriente en alguno de sus momentos culminantes. Pero, como ha resaltado Lawrence⁶ “aunque la Regla de San Benito constituyó un hilo de continuidad a lo largo de los siglos, la organización y los esquemas domésticos de una comunidad monástica no eran más estáticos que los de la sociedad que la rodeaba”. Aunque, evidentemente, la documentación relativa a muchos

⁵ Debo a mi compañera de Universidad, Penélope González del Río, la preocupación por la investigación de las motivaciones que impulsaron a un amplio número de personas a lo largo de los tiempos a buscar y en su caso elegir, la vida monacal. Ciertamente un amplísimo número de autores han estudiado la vocación, otros la renuncia; por último, el trabajo del padre I. M. Gómez ensaya sobre la fidelidad.

⁶ C.H. Lawrence: “Medieval Monasticism”, Longman 1989. Hay una recentísima versión española, Gredos 1989.

monasterios permite trazar las características externas de los mismos e intentar, a la vez, encontrar los rasgos comunes, multitud de aspectos, especialmente los relativos a motivaciones y análisis de las experiencias espirituales - también de las psicológicas- se nos escapan.

El autor citado señala que “las crónicas monásticas y otros documentos (cartularios, etc...) pueden proporcionar algunas informaciones; pero las informaciones sobre las tareas que ocupaban el día del monje provienen esencialmente de los consuetudinarios⁷”. Pero hay otra multitud de aspectos “vivos” que no figuran en la historia de cada monasterio y sí en la historia general. A algunos de ellos - los periodos de expansión y declive, al significado económico, al que se ha denominado “espacio” monástico, a la influencia cultural, política, de poder, etc.- nos referiremos pero sin olvidar nunca que lo fundamental del monasterio ha sido y será siempre lo religioso.

En su origen Bobrinskoy⁸ se refiere a las formas posibles de entender los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia a una autoridad espiritual. Dejando constancia de la existencia en los primeros siglos del cristianismo de personas que se retiraron del mundo buscando la soledad absoluta (anacoretas, “el que se retira” y ermitaños o eremitas “el que vive en el desierto”), sí hay que señalar que las tendencias hacia la realización de prácticas religiosas reguladas y bajo la dirección de una personalidad experta se encuentran – especialmente en el Oriente – desde los primeros años del cristianismo. Desde esos tiempos se señala, además, que la adoración vocal a Dios es reconocida como una parte significativa de la vida del que se retira. Además, es nota característica el cumplimiento en comunidad de una liturgia. El “oficio divino” constituye un ingrediente necesario para la vida en el monasterio.

⁷ En la elaboración de estas notas he tenido la ocasión de consultar fuentes diversas recogidas en los trabajos de Burton, Knowles, Le Goff y el texto del monasterio de Pombeiro. Naturalmente, son las “Reglas” y en especial las benedictinas el punto de arranque. Su estudio en Colombás y un largo etcétera siguen siendo fundamentales para el no especialista. Para los especialistas se presentan aún muchos puntos de discusión.

⁸ Disponemos de un muy numeroso grupo de estudios sobre la historia del monacato. Algunos de ellos – con los que hemos trabajado más tiempo – figuran en la bibliografía. Pienso que, superadas las tendencias lógicas al elogio o a la crítica registradas a lo largo de la historia, hoy encontramos trabajos interesantes y sobre todo objetivos sobre el tema.

En su inicio la expansión de la vida monástica procede del Oriente. En su marcha hacia nuestro mundo occidental se señalan como hitos importantes las aportaciones de San Atanasio y la difusión de su vida de San Antonio con influjo en ascetas de ciudades como Tréveris y Roma. Las primeras formas monásticas occidentales presentan dos líneas: a) Las de San Agustín en Tagaste e Hipona, Eusebio en Vercelli y otros lugares que se orientan hacia formas de vida conjuntas llevadas a cabo por parte de los clérigos que constituyen “la casa del obispo”⁹; b) Formas que buscan una mayor austeridad y que son seguidas por buen número de ascetas y eremitas se desarrollan en Aquitania y Provenza, encontrando su figura principal en San Martín, obispo de Tours. Éste creó un gran complejo monástico en Marmoutier desde cuyo centro partieron evangelizadores en muchas direcciones.

El monacato galo arraigó de forma especial en Irlanda, con la particularidad de que el abad de un monasterio ejercía a la vez como obispo efectivo del área geográfica. Al tiempo que ese monacato se desarrollaba en un ámbito austero y penitencial se llevaba a cabo una acción cultural esparciéndola por las islas occidentales y el mundo celta así como en el continente.

Ahora bien, las primitivas formas de monacato en Italia y Francia no poseían una norma, un código de ordenación de las actividades de los miembros. En la solución de esta cuestión, la precisa base disciplinar y doctrinal fue establecida por Juan Casiano, quien tras hacerse monje en la Galia del sur conoció el ascetismo de los desiertos egipcios y sirios y , a través de sus “Instituciones” y “Colaciones” transmitió su experiencia y su saber constituyendo desde entonces uno de los clásicos espirituales.

Es fundamental en esta historia hacer una mención a las primeras Reglas, siquiera proporcionemos en el epígrafe siguiente mayores detalles, destacando el papel desempeñado por San Benito de Nursia primero en Subiaco y más tarde en Monte Casino.

⁹ Quizá en España, no se haya prestado idéntica atención dentro de los estudios sobre el monacato a otras formas religiosas como son los canónigos regulares cuya Regla se atribuye a San Agustín. Pero es de justicia hacer mención a tales canónigos, a los premonstratenses, a los gilbertinos y a experiencias espirituales como los “hermanos de la vida común” o la “devotio moderna”.

Se ha dicho que las primeras normas escritas para la vida en común eran un ejercicio de organización a la vez que proporcionaron una legislación esencial para las familias monásticas, uniendo a la vez, en el caso de San Benito, su personalidad con la maestría, el humanismo y la fuerza evangélica¹⁰.

La expansión de esta Regla fue gradual y en cierto modo contradictoria, coexistiendo con otras Reglas a las que se refiere el siguiente epígrafe. En algunos casos las Reglas señalaban que el monje no debía realizar trabajos o labores que supusieran contactos más o menos intensos con el exterior. Otros contemporáneos del Santo pensaban que a través de la copia de manuscritos se transmitía la herencia de los autores anteriores, entre ellos los clásicos latinos.

RECUADRO 1
REGLA DE S. BENITO
(Según la tradición casinense y la restauración de 716)

Expositivo (Paulo Diacono)	Ordo regularis (siglo VIII)	Ordo de las religiosas (siglo VIII)
Ordo in domo. S. Benedicti		
Ordo qualiter		
Sínodo de 816: Murbach		Sínodo de 817: S. Gall
San Benito de Aniano (821)		
1030 S. Benigno de Dijón	 Costumbres de Cluny (994) 1042-3 Costumbres de Farfa	Fleury
Costumbres de Bernardo (C. 1070) Costumbres de Ulrich (C. 1080)		

¹⁰ En el último capítulo de estas reflexiones se destacarán algunos aspectos de la personalidad de S. Benito tal

En el esquema de fuentes que recoge el recuadro 1 se señalan algunos pasos que, en definitiva, llegan a constituir la historia de la ordenación de la vida en el monasterio, destacando la aportación de San Benito de Aniano. Hasta entonces el orden monástico había procurado una búsqueda individual de una forma de vida evangélica a la que se ha llamado “cristianismo integral”. En adelante, y durante más de seis siglos (los denominados siglos benedictinos) las Reglas se convertirían en un elemento influyente y establecido para los monjes, los monasterios y su relación con el exterior.

En el siglo VI destaca en la historia de la Iglesia la figura del papa Gregorio el Grande. Él había sido monje y estimuló y protegió la concepción monástica de la vida religiosa, empleando los monasterios como bastiones contra la herejía y enviando grupos de monjes a predicar la fe a Inglaterra. En el norte, el monacato céltico, procedente de Irlanda establecido en Iona bajo San Columbiano se movió hacia el sur llegando a encontrarse las dos corrientes. Los autores indican que la unión de las mismas volvió a recrear la vida sencilla y patriarcal de los primeros monasterios benedictinos a la vez que constituían un foco de estudio y arte no superado en su tiempo (Beda el Venerable). Monjes ingleses e irlandeses continuaron fundando en diversos territorios europeos.

En los años sucesivos, los monasterios se convirtieron en únicos legatarios de la instrucción, la literatura y la educación del pasado, tanto en su aspecto sagrado como profano. A través de la copia de manuscritos de los clásicos y de los Padres de la Iglesia y mediante la composición literaria e histórica llegaron a ser reservas y manantiales de civilización a las que el mundo moderno debe la conservación de la literatura latina. En tal tarea los centros principales se encontraron en Francia, Renania y Alemania del Sur con los focos de Tours, St. Gall y Fulda. Igualmente la familia monástica típica de San Benito – pequeña, aislada, autosuficiente – iría siendo remplazada en casi todos los países por las abadías¹¹ espaciales, con un vasto complejo de edificios y servicios, que constituían centro social y administrativo de una gran posesión feudal, con todos los rasgos positivos y negativos del señorío feudal. En las abadías, unos miembros se ocupaban de la administración, otros se introducían en la enseñanza y en el estudio y los que seguían la

y como las destaca un reciente texto del Consejo de Europa.

¹¹ Lógicamente han de analizarse más a fondo los conceptos de abad, abadía, encomienda, etc. A ellas me referiré dentro de los límites de estas reflexiones.

Regla benedictina llevaban a cabo trabajos fundamentalmente agrícolas. Dado el carácter intelectual de la mayoría de los trabajos, se fue transformando gradualmente una población, que era mayoritariamente laica, del monasterio en otra de clérigos y sacerdotes cuya tarea principal era llevar a cabo servicios litúrgicos. En el esquema social los monjes se convertirían en parte esencial de la sociedad y desempeñarían en ella una tarea fundamental, aunque no fuese la única: la de rezar a Dios e interceder por los demás.

Con el transcurso de los años se hacía evidente también la necesidad de una organización externa y de llegar a una unión disciplinaria entre monasterios (curiosamente es una cuestión que sigue interesando en el siglo XX, como se pone de relieve en buen número de trabajos¹²). En muchos lugares, buen número de abadías fueron siendo ocupadas por nobles y obispos perdiendo su abad todo salvo el nombre. Otros monasterios decaían y se relajaron en multitud de aspectos, especialmente motivados por la apetencia de rentas monásticas y casi siempre ajenos a lo religioso. Un primer intento serio de una reforma general tuvo lugar en tiempos de Carlo Magno, el cual decidió reforzar la observancia monástica en todo su imperio imponiendo la Regla benedictina como código de gobierno. En tiempos de su hijo Luis I el Piadoso (817) una asamblea de monjes promulgó un directorio y un código detallado que debía ser obligatorio para todos. Esa autoridad central y tales estatutos dejaron pronto de funcionar, pero el intento legislativo serviría de norma y modelo para reformas posteriores. Por primera vez los monjes del imperio llegaron a concienciarse de su unidad bajo las normas de la familia de San Benito.

El siglo IX resultó ser uno de los más oscuros de la historia monástica, pero el X vió la fundación (910) de Cluny. A este monasterio le dieron vida una serie de abades santos, capacitados y de larga vida, los cuales mantuvieron con éxito una independencia de toda autoridad, fuese ésta laica o eclesiástica (con excepción lógicamente del papado). Gradualmente Cluny fue adquiriendo dependencias que el tercero de los grandes abades Odilio (994-1049) integraría en una familia en la que se impondría una observancia común, esto es, los monasterios se obligaban al abad y al capítulo de Cluny. Las casas cluniacenses se expandieron por toda Europa Occidental y contribuyeron de forma destacada a la

¹² Ver al respecto el interesantísimo “Simposio Monástico” de 1980, recogido y publicado con motivo del XV Centenario de San Benito. Monasterio de Santa María de Huerta, 1983.

reforma de la Iglesia del siglo XI. El gran núcleo de monjes del que salieron muchos de los reformadores principales contribuyeron a proporcionar a la reforma un carácter monástico.

Apareció, por entonces, un movimiento de renovación monástica que quería combinar los ideales eremíticos y cenobíticos. Así la familia camaldulense venía constituida por eremitas que vivían dentro de un área cerrada. Otras familias añadían a la interpretación estricta de la Regla de San Benito lugares remotos y solitarios. En ambos se presentaba una innovación. Los hermanos sin estudios (denominados de diversas formas) llevaban a cabo tareas domésticas y administrativas. Más tarde, en otras congregaciones estos hermanos se incorporarían a las comunidades.

La búsqueda de la soledad y la austeridad cruzaría pronto los Alpes. La Gran Cartuja y Granmont destacaron los elementos eremíticos en la organización de su vida espiritual. Savigny y Tiron se caracterizaron por adoptar para la vida normal de los monjes Negros formas austeras. Pero, por encima de todo empezaría a destacar la Casa de Citeaux (Cister) casa fundada en 1098 que se inició como una abadía pequeña pero a la que la presencia de santos como Esteban Harding y Bernardo (1112), acompañado en su camino religioso por numerosos parientes y amigos, estimularon la recluta de nuevos miembros y la corriente de la mayor observancia alcanzaría dimensiones muy amplias. Los fundadores de los Monjes Blancos subrayaron la observación literal de las Reglas, la forma de evitar complicaciones económicas y sociales respecto al mundo exterior, buscando un régimen prácticamente de autarquía, y por último pretendían con una elaboración de las tareas diarias de mayor sencillez que la Cluniacense una organización alternativa, con períodos reglados para el trabajo manual y las labores agrícolas, junto al oficio divino.

Las fundaciones cartujanas¹³, en un documento corto (la “Carta Caritatis”) establecía un sistema de visitadores y capítulos generales anuales para conseguir disciplina, unidad y uniformidad. Los hermanos conversos constituían parte integral de la familia monástica y fueron empleados como elementos para la construcción y para actuar como labradores y pastores. Los Cistercienses surgieron como una forma federal entretrejida de

¹³ Véase al respecto la interesante colección de trabajos recogido bajo el título “La Cartuja en España” y otros trabajos. En Francia los trabajos de B. Bligny y de Dom La Porte.

Abadías Autónomas, formando una vasta familia y creando un sistema económico en forma de explotaciones de granjas, que han sido objeto de una multiplicidad de estudios. Su éxito, desde la concepción del hombre de hoy, fue espectacular. A la muerte de San Bernardo poseían casas en toda Europa. Inspiraron otras experiencias eclesiásticas como son las ordenes militares o los premonstratenses. Sus instituciones características de visitas frecuentes y de capítulo anual general serían adoptadas por otras experiencias y ordenes religiosas organizadas.

Tras la muerte de San Bernardo los siglos monásticos pasaron por una etapa de declive. Ciertamente, durante un centenar de años más los monjes continuarían siendo fuerza espiritual y cultural. Ahora bien nuevas ordenes religiosas como las mendicantes por un lado y los nuevos centros de transmisión de cultura unidos al desarrollo de las ciudades, especialmente manifestados en las Universidades fueron ocupando lugares en la vida social que anteriormente parecían monopolizados por los monjes. Discutirían las religiones (espectáculo que aún hoy inspira ciertas impresiones contrapuestas) por cuestiones muy alejadas de los aspectos religiosos. Pese a todo, debe señalarse que los grandes Monasterios seguían desempeñando un papel importante y especial en la vida social, pero empezarían a prodigarse las críticas a los monjes como capitalistas, como señores feudales o como corporaciones ricas “no evangélicas”. Además, las guerras, la vida, el éxodo hacia las ciudades y las enfermedades tenían como efecto disminuir el número de los monjes y afectar a su sistema de organización de actividades.

También los monjes negros (los Benedictinos, aunque el hábito de la época no parece que fuese de ese color) conocieron el impacto de las medidas centralizadoras. En el cuarto Concilio de Letrán (1.215) se había registrado la creación de capítulos provinciales a efectos de legislación y visitación. En el siglo siguiente, Benedicto XII impuso con carácter general a monjes negros y blancos Decretos de reforma destinados a conseguir la uniformidad y exactitud de la observancia y la regulación de las actuaciones de los monjes en las universidades. Durante más de un siglo, en los años sucesivos, el orden monástico decayó afligido en la mayoría de los países continentales por la existencia de abades comendatarios, y de nuevos monjes, espiritualmente poco preparados, que condujeron a una relajación gradual.

Coincidiendo con el final de la Edad Media se llevaron a cabo reformas notables. Una de ellas fue la de la Congregación de Casino (1.424) que pretendía eliminar los riesgos de la encomienda. Los superiores locales eran cambiados anualmente y se confería la autoridad a un capítulo general anual. Esta organización fue aceptada por los reformadores del Concilio de Trento que también estipularon el aprendizaje y el estudio como medios de mejorar la formación de los monjes. La congregación de San Benito de Valladolid (1.390) buscó la mayor austeridad posible a la vez que la clausura perpetua.

Llegaron los tiempos de la reforma protestante. La vida monástica sería atacada por enemigos muy poderosos, Así, Wycliffe consideraba la institución monástica como una degeneración de la práctica evangélica y solicitaba la secularización de los monjes. Erasmo presentaba la vida monástica como una forma de superstición mecánica e hipócrita. Lutero atacaría los votos y el espíritu del monacato como una forma de vida anticristiana e impracticable. Los años siguientes contemplarían una oleada de supresiones y secularizaciones. Mediado el siglo XIV y según nuestro citado Bobrinskoy la vida monástica organizada había desaparecido de Europa del Norte, Suiza y las Islas Británicas y sería reducida a la ruina en Francia como consecuencia de las Reglas de religión.

Pueden encontrarse tras el Concilio de Trento y en el nuevo espíritu de la Contra Reforma un cierto renacimiento del monacato y también una cierta cantidad de congregaciones religiosas en el ámbito del Imperio de los Austria. La congregación de Casino sería el modelo de St.Maur. La congregación era la unidad y la autoridad descansaba en el capítulo general anual y en el superior general. Las casas eran prioratos y los monjes podían ser trasladados de una a otra casa. Las lecciones de la reforma habían sido bien aprendidas y los monjes se consagraron especialmente al trabajo apostólico y teológico, a la educación y por encima de todo al estudio y la cultura. Al tiempo los Cistercienses, que habían revivido tras la reforma se dividieron en partidarios de una reforma moderada y otros de una observancia estricta de las Reglas. Apareció un centro aún más estricto con prácticas y espíritu propio (la Trapa).

El período de los siglos XVII y XVIII fue especialmente complejo para el monacato. En Francia se presentaron tanto formas de control por parte del poder real como nuevas e intensas formas de espiritualidad, si bien se entró en la órbita de la exageración (Jansenismo). Después de la Revolución Francesa casi todos los monasterios europeos desaparecieron de una u otra manera, pero un nuevo renacimiento llegaría en los años 1.840 manifestándose en un aumento del número de monasterios que en su forma primera volvieron al esquema original benedictino de casas autónomas.

El monacato occidental empezaría a emigrar de Europa. Algunas congregaciones fueron a Estados Unidos y se dedicaron a tareas de enseñanza, misión y labores parroquiales. El siglo XIX vería un renacimiento del monacato en dos líneas, correspondientes a países latinos y anglosajones. Los latinos tenderían a una vida más claustral, mientras los segundos se dedican más a enseñanza y a la predicación misioneras.

Por último, en el siglo XX el monacato continúa desarrollándose a pesar de los desastres e incertidumbres, de las guerras etc. La expansión, según señalan Lekai¹⁴ y otros autores ha sido más notable en congregaciones o grupos caracterizados por su severidad o el carácter contemplativo de la observancia. Se diría que la atracción primera del monacato, la salida del mundo hacia una vida austera y más sencilla de soledad y penitencia resulta más efectiva que otras.

En el último epígrafe se señalarán algunas reflexiones sobre problemas actuales del monacato, obtenidas a través del análisis de diferentes documentos y de la observación de distintos monasterios llevada a cabo en los últimos años. Ciertamente en estos estudios se utilizan técnicas sociológicas (cuestionarios, encuestas, etc.) pero no cabe duda que siguen siendo válidos muchos elementos que la larga evolución del monacato cristiano permite conocer.

En el transcurso de 17 siglos el monacato ha asumido muchas diferentes formas externas y ha desempeñado diferentes funciones sociales. Si bien en su origen representaba una retirada del individuo del mundo para su santificación, el monacato también llegó a ser

¹⁴ Lekai: "Los Cistercienses".

una institución muy importante, componente básico de la sociedad origen de la actual. Los monjes dejaron una huella permanente en la teología, la literatura, la industria y el canto, pero también en otras formas más valoradas hoy económicamente (el trabajo, la organización...). Durante largo tiempo los monjes inspiraron a la Iglesia con sus formas de vida. Una eliminación sucesiva de buen número de aspectos formales y externos y la pérdida de poder han hecho que el monacato se haya convertido gradualmente y cada vez más en una forma de santificación. Pienso sinceramente que así ocurre en la actualidad.

En lo que se refiere a los benedictinos, señala Decarreux¹⁵ existen “opiniones divergentes manifestadas en diferentes ocasiones sobre la mayor o menos fidelidad con la que los discípulos de San Benito, en el transcurso de una larga historia, han observado la Regla de su fundador. La historia, sea o no monástica es “lo que ha ocurrido”, y en nuestro caso significa continuidad en la renovación sin olvidar los incidentes del camino”. Para el creyente la tradición refleja la experiencia multiforme de la presencia de Dios en las vidas de los hombres. Creyente o no el historiador debe atenerse a la objetividad de los hechos. Así, la Regla de San Benito ha sido instaurada o restaurada entre las naciones más diversas. Ha tenido que adaptarse a circunstancias de tiempo, de espacio y de medios para responder a muchas iniciativas. Cabe deducir que los preceptos generales han quedado siempre a salvo y en primer lugar la práctica de la obligación de fidelidad a la obra de Dios pero, en definitiva se ha producido una gran diversidad en la unidad de la misma familia.

III. EN TORNO A LA VIDA DIARIA

1. ASPECTOS GENERALES.

El epígrafe anterior ha puesto de manifiesto un conjunto de consideraciones que nos permiten situar en diversos contextos históricos la vida en un monasterio. Es evidente que para el paseo pretendido pueden elegirse momentos, situaciones y países muy distintos. Ha quedado suficientemente destacado que las líneas fundamentales de la organización de la vida en un monasterio provienen de las Reglas y las costumbres. A ellas nos referiremos en este epígrafe. Tienen cabida en él otras cuestiones como son los oficios que se

¹⁵ J. Decarreux: “Esquisse historique du Monachisme Benedictin”, 1980

desempeñan en el monasterio por parte de los monjes. Otra cuestión que también plantea al visitante frecuentes preguntas es el horario de actividades. A profundizar en estos tres aspectos (Reglas, horarios y oficios) se dedica este epígrafe.

En un cuarto subepígrafe se abordarán otras cuestiones (el abad y la democracia monástica). Por último, en el epígrafe cuarto y bajo el título “algunos aspectos prácticos” se hará referencia a cuestiones que afectan a la vida diaria.

I. Pueden definirse las Reglas como el “conjunto de principios generales que regulan la vida de los religiosos para conducirles a la práctica de la perfección cristiana teniendo en cuenta el fin particular fijado por el fundador¹⁶”. La Regla es completada con disposiciones particulares que la precisan o la adaptan a las circunstancias (con diversas formas como pueden ser los estatutos). Por último, los “consuetudinarios” recogen los usos de monasterios específicos.

Entremos un poco más en el análisis de las Reglas. Ha de señalarse la importancia de un primer texto, conocido como la Regla de San Agustín, que constituye un variado conjunto, de las que el obispo de Hipona es autor solo en parte, como han demostrado investigaciones recientes. El primero de ellos el “preceptum” fue redactado para un monasterio de Hipona, tratándose de una serie de consejos. El segundo, conocido como el “Ordo Monasterii” indica la forma en que debe desarrollarse la jornada diaria de un religioso señalando aspectos tales como el horario del oficio divino, las comidas, el sueño, etc. Se atribuye a Alipio hacia el año 395. En realidad, nos indica A. Gerhards¹⁷ ignoramos el origen del texto cuya datación segura no resulta hoy posible. En los siglos siguientes numerosas comunidades religiosas utilizarían tales textos como norma inspiradora de vida (canónigos regulares, premostratenses, dominicos).

Una segunda Regla se atribuye a Basilio, obispo de Cesarea y sirvió de fundamento para la vida del monacato oriental. Basilio no redactó una Regla en sentido estricto. Pero se conoce con este nombre al conjunto de respuestas que proporcionaba el autor a sus monjes

¹⁶ A. D. Vouge: Traducción de diversas Reglas en “Regles de Moines”. LE seuil, 1982.

¹⁷ A. Gerhards: “Dictionnaire historique des ordres religieux”. Fayard, 1998.

en ciertas reuniones o conferencias. Fueron recogidas y reagrupadas en 55 Reglas que plantean los fundamentos de la vida eremítica en comunidad tal como él la veía. De acuerdo con las mismas, la vida Cenobítica no es únicamente una reunión de Anacoretas que constituyen una agrupación o sociedad de amigos que hacen vida común. La obediencia y la estabilidad (no abandonar la comunidad) constituyen su fundamento.

El padre del cenobitismo en Egipto (Pacomio) compuso otra Regla en el sentido que hemos dado al término. Contiene esencialmente normas prácticas que se refieren al vestido, la alimentación, al ritmo de las oraciones y a la disciplina en los monasterios. Los monjes de esa época ni los de hoy encuentran en ella muchas consideraciones espirituales.

Las dos Reglas fueron traducidas al latín en el 397 y en el 404 fue San Jerónimo quién tradujo la Regla de Pacomio. Ambos textos jugaran un papel considerable en Occidente, influyendo sobre las numerosas Reglas empleadas antes del siglo VI. Así, en los siglos V y VI conocemos un buen número de Reglas que se atribuyen a autores más o menos misteriosos. Por ejemplo, en el siglo V aparece el texto denominado “la Regla de los cuatros padres” que constituye una carta de fundación para la abadía Lerins. En el texto el autor imagina un debate entre varios monjes que utilizan seudónimos egipcios. Para algunos autores esta Regla pone énfasis en la vida en común, el trabajo y sobre todo en la obediencia. Otros autores piensan que Lerins no pertenece al monacato regular y que la Regla de los Cuatro Padres ha sido probablemente compuesta a mediados del siglo V.

Una segunda Regla de los “Cuatro Padres” parece una modificación de la anterior. Pone su énfasis no en la obediencia sino en la caridad. A fines del siglo V aparece una nueva Regla atribuida a Macario, superior legendario de una comunidad de 5000 monjes sobre los que habla la vida de San Pacomio.

La tercera Regla de los Padres probablemente fue compilada en el concilio de Clermont, englobando la Regla de Macario y las normas de otros varios concilios anteriores. En el siglo VI se conoce también la Regla de Eugipio y las de los Abades Pablo y Esteban. Todas estas Reglas han sido conocidas como Reglas matrices pues son las más antiguas, pero iban siendo adoptadas y adaptadas en función de las situaciones locales

optando por un comportamiento propio. Tales Reglas conocerán un gran éxito en Occidente, salvo en España sin que se conozca la razón.

La Regla denominada del Gran Maestro fue escrita en el siglo VI en el año 525. A partir de ese texto San Benito propondrá una Regla que llegará a ser la fuente de ordenación de la vida y el derecho de todo el monacato occidental. El texto de todas estas Reglas manifiesta la existencia de influencias más o menos determinantes. Posiblemente, sea Juan Casiano, fundador de dos monasterios en Marsella su inspirador principal al menos en su fundamento espiritual. Casiano no compuso Reglas, pero se le considera como uno de los padres del monacato Occidental dado que define en sus “Colaciones” e “Instituciones” los fundamentos prácticos y espirituales del mismo.

El grupo más original esta constituido por la Regla de los Padres y la de Macario, y están influidas por los cuatro principales legisladores del tiempo. Comportan puntos comunes, presentando los principios fundamentales de Ascesis y de estabilidad, de obediencia, de castidad y de nobleza. Definen las virtudes monásticas esenciales: humildad, dominio del cuerpo, renuncia a sí mismo, oración permanente, como medio de entrar en comunicación con Dios. Insisten poco sobre las instituciones y el desarrollo preciso de la vida monástica pero remarcan la idea de que el monasterio es una escuela de espiritualidad y de ascesis bajo la dirección de un abad. Los primeros legisladores se inclinan por el cenobio en decremento del eremitismo. En lo sucesivo la mayoría de las formas de vida espiritual son recogidas y sometidas a textos escritos.

Tras haber sido compuesta, sin duda al final de la vida de San Benito, su Regla considerada como uno de los textos más perfectos, no se había expandido por todo el Occidente. A fines del siglo VI y como consecuencia de la labor de los misioneros enviados por el papa Gregorio Magno los monasterios anglosajones fueron los principales monasterios benedictinos de Europa. A fines del siglo VI los monjes irlandeses a cuya cabeza se encontraba San Columbiano aportan sus propios usos que se resumen en la “Regla Monachorum” y en la “Regla Cenobialis” que de hecho es un código penal. Los sucesores practicarán las Reglas mixtas que combinan los usos de Columbiano y de San Benito.

Poco a poco, y sin que su progreso haya sido regular o uniforme, la Regla de San Benito fue ganando terreno. Dos países se resistieron a su expansión: Irlanda que continuaba teniendo sus propios usos, y España que utiliza sus propias Reglas compuestas por el obispo de Sevilla San Isidoro.

Como dijimos, en la época carolingia ya aparece la idea de que la Regla de San Benito debe imponerse a todos los monjes y en este orden hemos hecho referencia a las contribuciones de San Benito de Aniano. Leemos en los textos que los monjes se resistieron a su aplicación, prefiriendo los usos menos rigurosos hasta entonces vigentes. Cabe decir con bastante aproximación que la Regla Benedictina verdaderamente sólo triunfa con la expansión de Cluny.

La Regla de San Benito es un texto breve y claro en el que alternan directivas prácticas y consejos espirituales. No obedece a un plan premeditado porque nace de las experiencias diarias. Si bien hace referencia a Reglas anteriores, son sobre todo el Nuevo Testamento, los Salmos y la Biblia los textos que más se citan en ella. La Regla se divide en 73 capítulos precedidos de un prólogo en el que explica el fin de la vida monástica. Debe constituir el monasterio “una escuela en la que se aprende el servicio del Señor”. A él ha de llegarse sin rigor ni penosidad sino con una dulzura inefable de amor.

El texto indica los instrumentos de la vuelta a Dios. Son la obediencia al Abad, la humildad, y el silencio. La Regla define el marco de la vida diaria. El tiempo del monje se distribuye entre el trabajo manual y la oración. Esta es a la vez pública (el oficio divino) y personal (“lectio”). La lectura de los textos sagrados prosigue durante las comidas.

La Regla expone también la organización de la vida común. Así, encontramos indicaciones sobre la forma de dormir, de comer, las penitencias que serian infligidas en caso de no respeto de la misma, la prohibición de tener propiedad privada, etc. También aborda los problemas de administración del monasterio, la entrada de nuevos monjes, etc¹⁸.

¹⁸ García M. Colombás: “El Monacato primitivo”. BAC, 1999

La Regla de San Benito se aleja de todos los posibles excesos anteriores como pone de relieve Dom Adalbert de Vogue¹⁹. Es un modelo de moderación, con una mezcla de austeridad y dulzura. La vida del monje debe ser sencilla, con deberes muy sencillos de entender. El Monje es un laico que pertenece a una comunidad de personas que se conocen y se aman. Su integración en el monasterio se convierte en un deber. La estabilidad entra en la vida monástica y la abadía debe ser una unidad alrededor del abad.

No olvidemos que la Regla se inscribe en un contexto histórico social y cultural muy preciso. Pero San Benito tiene en cuenta la evolución de la vida monástica y pretende definir las Reglas de una vida en común, sólidamente estructurada y adaptada al Occidente. El gobierno del monasterio es responsabilidad de un abad y su duración no está limitada en el tiempo. El abad, como veremos, tiene poderes muy amplios pero no tiránicos en la medida en que ha de rodearse de los consejos de la comunidad y de los ancianos. Además, San Benito insiste mucho en el trabajo manual, en contraste con su época y en particular en el agrícola también lógico en su momento, lo que contrasta con la Regla del Maestro que lo rehusaba porque lo estimaba incompatible con el recogimiento y el ayuno.

Por el contrario, la Regla benedictina, como tendremos ocasión de ampliar, procura crear comunidades religiosas autónomas en lo material, con su molino, su forja, su copistería, etc. Ciertamente estimula el trabajo agrícola que es una necesidad impuesta, dado que las comunidades deben adaptarse a un periodo de penuria alimenticia y cultural y no depender de nadie. Recordemos que es una época de grandes guerras o un periodo de desestabilización, utilizando un lenguaje más actual.

Establecidas estas líneas generales debemos completarlas con dos conceptos: Constituciones y Costumbres (recogidas en los Consuetudinarios propios de algunos monasterios y que se sintetizan en el primer recuadro que recoge alguna muestra de las que hemos utilizado).

¹⁹ A. D. Vogue: "La Regle de Saint Benoit", Ed. Lecerf, 1972

RECUADRO 2: DIVERSOS HORARIOS.

HORARIO TRADICIONAL: 1 DE NOVIEMBRE	HORARIO DE VERANO: 30 DE JUNIO
2.00: Levantarse para nocturnos (maitines)	1'00 - 2'00: Nocturnos.
2'10-2'30: Nocturnos.	2'15 - 3'00: Laudes.
3'30-5'00: Lectura.	3'00 - 4'30: Lectura.
5'00-5'45: Laudes.	4'30 - 9'15: Prima y trabajo.
5'45-8'15: Lectura, incluida primas (veinte minutos)	9'30 - 11'30: Lectura.
8'15-14'30: Trabajo, interrumpido por tercia, sexta y nona.	11'45 - 12'30: Almuerzo.
14'30-15'15: Almuerzo.	12'30 - 14'00: Siesta.
15'15-16'15: Lectura.	14'00 - 18'30: Trabajo.
16'15-16'45: Vísperas, colación (lectura), completas.	18'30 - 19'00: Vísperas.
17'15: Descanso.	19'00 - 19'30: Cena y colación.
	19'30 - 20'00: Completas y descanso
HORARIO CONTEMPORÁNEO.	
5'00: Levantarse.	} Media hora de oración privada.
5'30. Maitines y Laudes. Misas privadas y oración	
8'15:Prima y desayuno.	
10'00: Tercia y Misa mayor. .	
11'00-12'50: Trabajo	
12'50: Sexta	
13'00: Almuerzo seguido de recreo	
14'30: Nona, seguida de trabajos manuales	
16'30: Vísperas.	
17'00 – 19'00: Trabajo	
19'00: Conferencias, ensayos de coro.	
19'30: Completas, retiro	

FUENTE: D. KNOWLES: El Monacato Cristiano

Nota: Respecto al horario del monacato medieval se presentan dos dificultades técnicas. La primera, es que es muy difícil encontrar en las fuentes tiempos exactos. Por el contrario se encuentran indicaciones como anochecer y amanecer, aurora, oscurecido o “alrededor de media noche”. Otra dificultad se encuentra en que el horario diario, incluidas las horas canónicas y el número de comidas varía según la estación y el carácter litúrgico del día (festivo, ordinario, de ayuno, etc.)

Las Constituciones completan la Regla original interpretándola y adaptándola a circunstancias nuevas. Organizan el gobierno y el modo de vida de la familia religiosa. Las Constituciones son a menudo redefinidas y adaptadas por los capítulos generales que están formados por representantes del conjunto de la orden, mientras que las Reglas son consideradas textos definitivos que solo puede modificar el Papa. A veces son confirmadas

o hechas explícitas por medio de declaraciones como las que en su momento redactó cada comunidad cartuja ser siempre gobernada por un capítulo general común.

Las costumbres constituyen el conjunto de usos en vigor en los monasterios, que fijan y reglamentan los detalles de las ocupaciones diarias que la Regla, más general, no contempla. Además, la Regla sin duda organiza toda la vida del monje y del monasterio pero, con muchísima frecuencia se estableció en un momento muy anterior, lo que hace preciso su adaptación a los cambios que se producen en el transcurso del tiempo, y adaptarse a las situaciones específicas que ocurren en cada monasterio (pensemos en los monasterios instalados en países de clima tropical, por ejemplo).

RECUADRO 3

ALGUNAS COSTUMBRES EN EL MONASTERIO DE POMBEIRO.

II. De processione qua fit per claustrum
III. De officio missa maioris qualiter in ipsa dominica et per totum Adventum in ferialibus
III. De festivitibus duodecim lectionum que in his dominicis acciderit
V De epitullis et collectis et versiculis ad Laudes et Nocturnos et per horas diei.
VI. Qualiter procurentur in refectorio fratres in hac dominica et per totum Adventum
VII. De Matutinis Sancte Marie et Omnibus Sanctis
VIII. De privatis diebus per totum Adventum
VIII. Dominica secunda.

Fuente: "O Costumeiro do Pombeiro". Edición Estampa, 1997

Para su fundación de Aniano, San Benito del mismo nombre señalaba que muchos usos necesarios para la vida diaria no estaban indicados en la Regla de San Benito y otros no eran ya de aplicación. Pero Regla y costumbre se completan y forman un todo que es la norma del monasterio. Las costumbres constituyen hoy una fuente preciosa de informaciones sobre la vida monástica, puesto que nos permiten completar los conocimientos de historia, relaciones, organización material, etc.

Al principio de la vida monástica, que hemos descrito en el epígrafe anterior, las costumbres no estaba escritas y los monjes las aprendían de memoria mediante la práctica. Poco a poco, fueron siendo comunicadas por escrito para que los monjes pudieran conocerlas y también para transmitir las a otros monasterios que desearan adaptarlas. Así,

la mayoría de las costumbres en el siglo XII se fijaban por escrito, si bien continuaron evolucionando (por ejemplo, para los cartujos los “Antiqua estatuta” y los “Nova estatuta” adaptan y desarrollan las costumbres de San Hugo I).

Los consuetudinarios revelan la existencia de usos anteriores y su mantenimiento pese al transcurso del tiempo y aparecen al fin del siglo X. Hasta ese momento, sabemos que los usos escritos se caracterizaron por la dispersión de los documentos, hoy, como han llevado a cabo diversos autores pueden clasificarse tres grandes grupos de usos recogidos en sus correspondientes textos: a) La de los monasterios alemanes, inspiradas en la abadía de Fleury, b) Las de Cluny que se emplearon en la reforma de muchos monasterios, c) Las costumbres de monasterios ingleses que pretendían organizar la vida de los mismos. En el recuadro dos, figura una exposición sintética de los títulos de un consuetudinarios en esta evolución. Los textos presentan similitudes y diferencias, usos anteriores a la Regla de San Benito o nuevas normas. No deja de ser significativo que algunos hayan hablado de la existencia de zonas de influencia de monasterios diversos.

II. El segundo tema cuyo análisis nos resulta particularmente interesante se refiere al horario de los monjes. Como en ocasiones anteriores, se ha indicado en el recuadro 2 en forma sintética algunos de los horarios que reflejan en los textos especialmente citados en la bibliografía. Como ha señalado J. Lencart²⁰ es necesario indicar que el horario variaba a lo largo del año conforme a los períodos de ayuno y fiestas, y a las estaciones de verano e invierno. Sin duda, las necesidades de la vida colectiva y de oración continua hacían necesario el establecimiento de calendario y horario.

San Benito organizó el tiempo de los monjes sobre tres ejes: a) oración y descanso, b) ayuno y comidas, c) trabajo y lectura. De acuerdo con la Regla, el ciclo anual tenía un horario de invierno desde primero de noviembre hasta Pascua, y un horario de verano desde la Pascua hasta primeros de noviembre. De acuerdo con la Regla y el horario de las comidas se señala que el ayuno se acentúe en el tiempo de Cuaresma y que se suprima

²⁰ J. Lencart: “O Costumeiro de Pombeiro”; D. Knowles: “El Monacato Cristiano”; L. Moulin: “la Vie Benedictine Quotidienne hier et aujourd’hui”. Constituyen algunas de las fuentes de las que hemos obtenido los datos del recuadro. A ellas pueden añadirse otras, por ejemplo, para rama femenina de la SOC, se encuentran en el Simposio Monástico antes citado.

desde Pascua hasta Pentecostés. Desde Pentecostés hasta el trece de septiembre el ayuno se limitaba a dos días semanales.

En cuanto al horario de trabajo y de lectura, la Regla distingue también tres períodos. En verano, desde Pascua al primero de octubre, el trabajo se hace desde cinco de la mañana hasta cerca de las nueve. En invierno, desde primero de octubre hasta el inicio de Cuaresma, las lecturas se hacen entre ocho y nueve, y en Cuaresma las lecturas se mantiene cerca de las nueve y se trabaja hasta las cuatro de la tarde.

Se ha destacado que el tiempo juega un papel muy importante en la vida del monje. Al principio del monacato, Pacomio y San Basilio practican una cierta distribución del tiempo. San Agustín establece un horario más riguroso al fijar el orden, el ritmo y la naturaleza de los oficios y las horas. El empleo del tiempo monástico es sobre todo una adaptación de los usos corrientes a finalidades ascéticas. Está destinado a provocar la renuncia a sí mismo, la desaparición del individualismo y también de la fantasía. Se condena especialmente la ociosidad siendo preciso evitar que el monje no esté ocupado y que su espíritu divague.

Por ello, en la jornada del monje nada se deja al azar. Con el transcurso del tiempo los períodos destinados a oración, trabajo y sueño e incluso las actividades que convenía efectuar antes de dormir están totalmente reglamentadas. La jornada comienza hacia medianoche y siguen las horas canónicas, los ejercicios religiosos, las reuniones en la sala capitular con los diálogos sobre cuestiones que afectan a la comunidad, los trabajos, etc. De ellos, conviene destacar fundamentalmente dos temas importantes como son el oficio divino y el capítulo sobre los que nos extenderemos un poco.

Originalmente, con este concepto se señalaba el lugar y la reunión en la cual los monjes leían un capítulo de la Regla. A partir del S. XI la sala del capítulo designaba el local donde se desarrollaba esta lectura. Pero más adelante el término caracteriza a la asamblea de todos los religiosos del monasterio. La reunión de miembros de una comunidad debe tener lugar todos los días. En primer lugar, se trataba de una

manifestación litúrgica en la cual se leía el Martirologio, se indicaba el calendario y después se leía la Regla.

También en mayor o menor grado se celebraba un capítulo de culpas. Se dice que existe en ello una transformación del capítulo en tribunal de justicia que debe resolver los problemas disciplinarios de la comunidad en función del Código Penal propio de cada Regla. Por ejemplo, los consuetudinarios de las abadías cistercienses precisa que el monje culpable debe prosternarse y después enumerar sus faltas. Los de los canónigos de San Víctor son aún más precisos.

El capítulo se califica de extraordinario cuando la comunidad trata de ciertos aspectos puntuales. Originalmente la función esencial era la elección de Abad, otros varían según las órdenes refiriéndose al estatuto de los religiosos en general (institución de nuevas costumbres, modificación de un uso) la ampliación o modificación de la comunidad (admisión de novicios, designación de empleos como por ejemplo el prior, etc.). Este capítulo controla las cuestiones “logísticas” y temporales de la comunidad: aprobaciones de, donaciones, ventas de tierras, construcciones a realizar, control de la administración, etc.

El capítulo general se refiere al gobierno de una orden o de una congregación en su conjunto y representa una evolución importante en las comunidades religiosas. En este sentido se expresan las normas ciscercienses para responder a la necesidad específica de unir las fundaciones nuevas y ayudar al Abad de la casa madre en el gobierno de la Orden. El capítulo general debe solucionar los conflictos entre los responsables de las comunidades, organizar la elección de los abades sin intervenir, prever el control de las abadías mediante visitas, etc. Como ocurre en otros conceptos que el visitante curioso puede inquirir también existe en este caso una multitud de trabajos que han sido efectuados por muchos de los autores que hemos indicado anteriormente.

La “lectio” divina es sin duda uno de los elementos esenciales de la vida del monasterio y del monje. Definida como la lectura individual de la Biblia y de obras espirituales o de escritos de los padres de la Iglesia debía provocar la reflexión y la

oración. Los antiguos monjes la consideraban un medio de ascesis y de progreso en el conocimiento de Dios y un compromiso para el combate espiritual de cada día. A principios de la Edad Media, la lectio divina consistía en leer y aprender de memoria la Biblia para poder meditar sobre ella. Con la Regla de San Benito la lectura ocupaba el domingo.

Poco a poco los legisladores monásticos fueron codificando la lectio precisando horario, materia y en buena forma la manera de llevarla a cabo. La lectura se desarrolla en el claustro tantas veces como el monje pueda, pero también a la salida del capítulo. Cada monje se sienta, lee su libro sin plantear cuestiones a su vecino y asimila el texto que lee mediante su estudio y contemplación. Su importancia, manifestada en un cierto número de libros que se distribuye antes de un cierto período de tiempo, es variable pero no cabe duda que otras formas de llevar a cabo esta actividad fue presentada por otras familias religiosas.

Es sobre todo el oficio divino el elemento fundamental de las actividades de los monasterios. Se entiende por este concepto el conjunto de oraciones eclesiásticas que se reparten a lo largo de una jornada. Forma la parte más importante de los ritos y las oraciones que constituyen la liturgia. Comprende una multitud de textos diferentes en los que el canto, los gestos, las ceremonias etc. desempeñan papeles variables.

Los monjes que viven en comunidad han solemnizado las horas de la oración practicándolas en conjunto y han dado origen a este oficio divino, también a ellos se debe el desarrollo del número de las horas que marcan particularmente algunos momentos del día: el amanecer, el comienzo del trabajo, el mediodía, el atardecer, etc. Los monjes han compuesto lo esencial del contenido de las horas del oficio que reposa en tres tipos de lecturas. La Biblia proporciona los textos esenciales: los cánticos, los salmos, los responsorios y las antífonas. (A efectos de ejemplo se reproduce el oficio correspondiente al día de San Benito recogido en el consuetudinario del monasterio de Pombeiro).

Otros textos de la Sagrada Escritura se utilizan en forma de comentarios que llevaron a cabo bien los Padres de la Iglesia, bien predicadores o teólogos. Por último otros tipos de lectura son de tipo eclesiástico o libre. Se trata de himnos que abren el oficio que

abren una composición poética libre, colectas u oraciones breves cuyo texto varía según el oficio del día. El oficio acaba con una lección, es decir, con una enseñanza.

El oficio divino se puso en marcha en diversas etapas de la cristiandad en algunos casos evolucionando hacia la práctica privada mediante forma de breviario. Las horas han sido heredadas en parte de la tradición judía pero también de los usos de los Apóstoles y costumbres cristianas (vísperas y oraciones nocturnas). A partir del siglo IV vírgenes y ascetas, y después monjes y monjas han organizado progresivamente el oficio divino en un ciclo diario completo y regular a las que ha popularizado el atractivo y belleza de las ceremonias. La oración del amanecer y del atardecer ya existía en el monacato de Pacomio mientras que otras horas provienen del monacato palestino.

Cada orden ha elaborado su oficio divino que puede ser inspirado en un modelo o más original. En siglo VI San Benito concede un lugar especialmente importante al oficio divino al que denomina Opus Dei. Tal como él lo prevé el oficio coral benedictino ofrece el ejemplo de una liturgia que toma elementos de otros precedentes aún constituyendo una originalidad. La jornada comprende ocho oficios: una hora de noche, las vigilias más tarde denominadas maitines y siete durante el día, los maitines a los que después se llamó laudes, prima, sexta, nona, vísperas y completas. La elección de los salmos le es propia. Otras oraciones provienen de prácticas orientales.

El oficio benedictino introduce una innovación en relación con la oración de introducción a los oficios. La oración de cada una de las siete horas comprende un preludeo, una salmodia, un capítulo y una conclusión. La Regla prevé también que el monje que no pudiera acudir al oficio suplirá lo mejor que pueda su ausencia del coro mediante la recitación individual.

En la tradición benedictina original el oficio es una actividad entre otras, aunque evidentemente la más importante. Pero Cluny rompe el equilibrio que San Benito había establecido: el oficio divino es prácticamente la única ocupación, la oración común ocupará la mayor parte del tiempo monástico y se limita el tiempo de la oración privada. El

oficio dura al menos siete horas los días ordinarios y se salmodia mucho. El ceremonial y el canto ocupan también un lugar considerable.

Progresivamente, se añaden a este oficio tradicional oficios de devoción organizados conforme a la estructura descrita. Así por ejemplo en la época carolingia se hacen añadidos relativos a bienhechores, difuntos y santos ya venerados. En el siglo X se añaden devociones particulares a la Virgen, al Espíritu Santo, a la Cruz, a la Trinidad. Así algunos monasterios pueden llegar a celebrar en un día ordinario tres oficios: el completo, el reducido de Nuestra Señora y el de los difuntos. Estos oficios suplementarios han nacido a la vez que el deseo de acrecentar la duración del oficio tradicional ya fijado que no podía coger más nuevos elementos y de la voluntad de exaltar una devoción particular.

Con la acumulación de los oficios litúrgicos se acabó por hacer muy complicada la liturgia. El monacato del siglo XI abre una cierta era de simplificación, es decir, la eliminación de un cierto número de oficios que no se consideran indispensables. Los cistercienses sólo practicarán aquellos previstos rigurosamente en la Regla de San Benito, guardando pese a todo el oficio de los difuntos. Este movimiento se generaliza en el siglo XIV. A esta época seguirá la disminución de este oficio y su sustitución por el breviario o la recitación privada. Aparecerá el breviario.

En párrafos anteriores se ha señalado en diversas ocasiones la palabra liturgia a la que deben dedicar estas reflexiones algunas consideraciones antes de entrar en otro orden de cosas más terrenas. La liturgia designa un servicio en beneficio de todo el pueblo. En el oriente cristiano la palabra se relaciona con la celebración de la eucaristía. En nuestro occidente se trata de un servicio o ministerio divino o eclesiástico. Para las órdenes religiosas, la liturgia comprende no solo la celebración del oficio divino sino también la misa, los sacramentos, el calendario litúrgico y los ritos que acompañan así como los libros de oración y de canto para la celebración del culto.

La liturgia juega un papel fundamental en la vida religiosa. Considerada como un medio privilegiado de encuentro con Dios mediante palabras, gestos, silencios, etc, los participantes reviven los misterios de la fe. Ahora bien, la liturgia occidental se ha ido

elaborando de forma progresiva desde un siglo IV la improvisación es la Regla, en que cada celebrante inventaba su oración y organizaba los ritos. El paso de lo oral a lo escrito lleva progresivamente a la fijación de textos, siendo el latín y su uso exclusivo una característica de la liturgia occidental y en cierta medida codificando los ritos.

Tras un período en que la liturgia es elaborada por la iglesia secular, en los siglos XI y XII se expandirá una nueva liturgia en la cual los monjes y los clérigos tendrán una misión esencial mientras el pueblo asiste a los ritos. Incluso se ha afirmado que cada gran orden religiosa tiene su propia liturgia.

Probablemente, al menos según los textos, Cluny fue elemento esencial en el papel que se da a la liturgia. San Benito había afirmado que el servicio de Dios es la tarea esencial del monje y como hemos dicho Cluny irá mucho más lejos transformándolo en tarea exclusiva. No sólo son siete horas diarias las que se dedican al oficio divino sino que otros aspectos son impresionantes. Cada día la oración de los salmos comprende 138 salmos cantados y celebran con lujo especial las fiestas de santos y vírgenes. Se describen como majestuosas las ceremonias, como muy ricos los vestidos y el material litúrgico, y, dado que es muy elevado el número monjes adquirirá un papel fundamental la celebración de las procesiones hasta el punto de influir en la arquitectura.

En contrapartida, el Cister practica un rigor absoluto. Se elimina todo fasto porque parecería injuriar a los indigentes y trazar una pared entre los monjes y los pobres. El Cister no da prioridad a las manifestaciones externas de culto y sí a la devoción interior. La vida litúrgica se extiende mucho más allá de la iglesia del monasterio reglando también la vida de los monjes en el dormitorio, en el refectorio, en el capítulo o en el trabajo. Se hará responsable de la liturgia a un monje... y ello nos lleva al último de los aspectos que incluimos en este epígrafe, esto es, los oficios monásticos.

III. Probablemente, una pregunta que el visitante del monasterio se hace es la relativa a las vías en que los monjes desarrollan actividades compatibles con cuanto hemos descrito hasta el momento. En este sentido, no cabe duda que una de las características de una organización de hombres o mujeres que viven en común ha de responder a criterios

mínimos de eficiencia, eficacia, economía, etc., siquiera estos términos no aparezcan de forma destacada en los aspectos históricos y religiosos que hemos analizado hasta ahora. Se ha señalado la necesidad de organización en relación con los grandes monasterios. Pensemos que en ellos los monjes, pero no sólo éstos, podían superar fácilmente el número de cien en épocas de esplendor. Ello lleva a que las funciones inherentes al buen funcionamiento del organismo fuesen atribuidas a miembros de la comunidad encargados de tareas específicas. Como hemos empleado en otras ocasiones, reproduciremos en el recuadro 4 los oficios que se llevaron a cabo en algunos de los monasterios cuyas evoluciones se recogen en la bibliografía²¹

2. LOS OFICIOS

RECUADRO 4: OFICIOS EN DIVERSOS MONASTERIOS.

LEIRE		POMBEIRO	
Abad		Abad	
Priores y Subprios		Prior	
Camareros (Camararius)		Ecónomo	
Cantores			
Cillerero		Cillerero (Refitolero, Encargado de Bodega)	
Clavero			
Enfermero		Enfermero	
Fabriqueros		Hospedero	
Hostaleros		Librero (primerios)	
Limosneros		Limosnero	
Maestros de novicios		Maestros de novicios	
Procuradoes			
Sacristán		Sacristán	
Secretarios			
Sochantres		Vigilantes	
Administrador	Estabulario	Archivero	Portero
Pitancero	Porcionero	Escolano	Bolsero

FUENTES: L. J. FORTÚN: Leire

J. LENCART: O Costumeiro do Pombeiro

²¹ Véanse especialmente el Costumeiro de Pombeiro y las monografías dedicadas a los monasterios de Leire, San Isidro de Dueñas, Poblet, etc.

Moulin ha señalado que un monasterio es una ciudad en miniatura. En consecuencia, en ella se llevan a cabo una multitud de funciones que tienen características diversas que llevan a preguntarnos por la organización.

A la cabeza del monasterio se encuentra un Abad (prior en la actualidad en aquellos monasterios que no rebasan los quince monjes). Por sus características especiales y en relación con la democracia interna analizaremos con más extensión en el siguiente subepígrafe esta figura del Abad.

En el recuadro 4 se encuentran los diversos conceptos y denominaciones que tienen los “oficiales” monásticos elegidos entre dos monasterios citados en la bibliografía. Es importante indicar que las personas que lo desempeñaron han sido citadas en fuentes documentales. Resulta un ejercicio de modestia recordar a tantos antecesores que en su mayoría no conoce la gran historia. No hay una coincidencia en las denominaciones. Por otro lado la Regla de San Benito describe con precisión y ciertos toques de humor las características personales que deben reunir los monjes que ejercen estos oficios. Me ha parecido un ejemplo utilizable en la moderna ciencia de la administración que subraya la importancia de la supervisión sobre un máximo de cinco personas, la previsión de existencia de “decanos” encargados de llevar a cabo estas tareas sobre grupos de diez monjes, la importancia de los monjes encargados de levantar a los otros para la asistencia de los oficios, y un largo etc.

En el primer lugar de los oficiales se encuentra la figura del prior, al que se ha definido como el lugarteniente del Abad y en muchos casos, especialmente cuando o bien éste no residía en el monasterio o tenía su casa propia llenaba las funciones del mismo. El prior ejecutará cuanto le sea ordenado por el Abad. No hará nada contra la voluntad o las órdenes de éste y observará más cuidadosamente los preceptos de la Regla.

Sólo tras haber examinado los problemas de designación para lo cual la Regla establece varias condiciones: a) que la comunidad lo solicite, b) razonablemente, c) con humildad, y d) si el Abad lo juzga conveniente, “el Abad designará al que haya escogido como prior con el consejo de los hermanos”.

El prior debe tener una conducta digna puesto que si fuese encontrado vicioso ó si se mostrase engrandecido por su elección al rango de prior o desobedeciese la Regla, tras cuatro amonestaciones será destituido y si después de ello no permaneciese tranquilo y obediente será expulsado del monasterio.

Para algunos, la distribución de poderes no es la solución que favorece San Benito prefiriendo que la administración del monasterio dependiese del Abad y que los poderes delegados se compartan entre varios, de forma que en ninguno de ellos existe la posibilidad del enorgullecimiento. Sin duda, la institución del prior y de los subpriors ha sufrido a lo largo del tiempo modificaciones importantes, pero creemos observar que San Benito en la Regla prefiere evitar ocasiones de disensiones por el comportamiento del prior.

El cillerero es el ecónomo, el intendente lo que hoy podríamos denominar un administrador general. Ha de preocuparse de la alimentación de la comunidad así como de su vestuario, de comprar y vender terrenos, de vigilar las granjas y talleres, etc. De él dependían una serie de personas como el tesorero, que arreglaba los salarios, del herrero, del veterinario, de las luces de la iglesia, cuestión especialmente importante en épocas en que no existían iluminaciones distintas a las proporcionadas por las velas, el refitolero encargado de la alimentación, el jardinero, el encargado de las semillas, el condestable o guardián de las cuadras, el encargado de la bodega, etc.

A este oficial se le pedía reuniese todas la cualidades cortesía, buen humor, medida, etc. Con cierta sorna Moulin se pregunta si ocurrió así en todos los casos y se contesta “es preciso tener una visión muy optimista del mundo para creerlo así”.

El chambelán era también otro importante personaje. Recibía las rentas e ingresos varios del monasterio, gestionaba los fondos y bajo sus llaves se guardaban el dinero, las reliquias, los archivos, los títulos de propiedad, los contratos, etc. También al chambelán le competía el cuidado de ciertas actividades secundarias pero no por ello descuidadas en una organización humana. Él debía proporcionar agua caliente para el afeitado, jabón, etc.

También era encargado de encender las lámparas en el crepúsculo y las apagaba con el alba.

El chantre es quien da el tono en los oficios litúrgicos, quien regula el ritmo, quien enseña el canto a los monjes y a los niños, quien tiene a su cargo la biblioteca en la que son los manuscritos litúrgicos copiados los que tienen la mayor proporción. En algunos monasterios el encargado de los libros recibe el nombre de “armarius”.

Una figura especialmente significativa es el hostalero encargado de los huéspedes. La Regla le dedica una especial atención puesto que la hospitalidad se considerará como uno de los deberes básicos de todo monasterio. En algunos consuetudinarios se habla de las distintas clases de recepción que debe hacerse para recibir huéspedes de tipos diversos reyes, obispos, etc. En general se pide que sea afable, sonriente, diligente, respetable, de conversación agradable, de contacto fácil, es decir una persona fundamentalmente extrovertida y ello por algo que es fácil de señalar. En efecto, no son siempre santos los que viajan y la vida de los peregrinos no incita a la cortesía. Muchos de ellos son mendigos, otros tímidos, otros buscadores de reposo gratuito y también existen enfermos, moribundos. A todos ellos ha de dárseles el tratamiento adecuado establecido por la Regla, lo cual no siempre resulta fácil.

Debe vigilar que los locales, las ropas, la vajilla, las mantas, etc., se presenten en estado de limpieza, así como debe preparar fuegos y luces. Ha de vigilar que el ceremonial de acogida sea respetado y debe interesarse por las necesidades del huésped. El día de la partida ha de preocuparse que el huésped no olvide nada, o como dicen algunos textos, que “por descuido no se lleve tampoco nada”.

El canciller era el encargado de llevar los registros y las distintas matrículas. Probablemente la figura más digna de estudio de entre los oficios la constituya el enfermero. Los enfermos eran situados en un edificio aparte donde se llevaba una existencia distinta a la del resto de la comunidad. El enfermero era quien velaba por su salud y su vida espiritual, así también por los aspectos más humanos como es su alimentación y cuidados. La Regla señala que el enfermero debía ser un hombre temeroso

de Dios. Debía ocuparse del jardín donde cultivaba plantas medicinales, proporcionar los cuidados necesarios, asegurar el mantenimiento de iluminación y de celebrar la misa.

La enfermería no se dedicaba solamente a los enfermos. También en ella ocupaban su lugar viejos, deprimidos, monjes que acababan de pasar la sangría, etc. En la enfermería se podía hablar, se tocaba música con ánimo de mejorar a los melancólicos, se estaba dispensado de trabajo. Con cierta ironía algún texto recuerda que “todas ellas son razones para sufrir enfermedades con más asiduidad que lo estrictamente necesario”.

El citado Moulin, que tiene una especial visión de la realidad, nos señala que “en el corto capítulo de veintitrés líneas que la Regla consagra a los enfermos, el patriarca insiste tres veces de tratar con paciencia a los enfermos”. Debemos creer que tal recomendación no era inútil.

El sacristán tenía la responsabilidad y la competencia de los vasos sagrados y del tesoro de la iglesia. En consecuencia debía vigilar la limpieza y el buen orden en esta, asegurar su iluminación así como la del receptorio, los apartamentos del Abad y proporcionar las piedras calientes que permitían a los oficiantes recalentar sus manos, así como procurar las hierbas aromáticas para cubrir la tierra de las salas en que el suelo no estuviese cubierto.

Los vigilantes tenían como función dar vueltas por el monasterio velando para que se cumplan las misiones que cada uno tiene encomendadas. De acuerdo con algunos consuetudinarios están también encargados de vigilar lo que hacen los hermanos, si son o no negligentes y de si cumplían o no las tareas.

Una función que debía ser especialmente apreciada por los elementos externos era la del limosnero, el cual como su nombre indica tenía por función distribuir limosna a los pobres, a los mendigos, a los peregrinos, a las viudas, a los huérfanos, a los padres y religiosos que van de camino y sobre todo a quien solicitase alimento para un pequeño período de tiempo. El limosnero proporciona alimentos, ropas y limosnas de todo género.

Él recoge las sobras de las comidas para distribuirlos, quien por Pascua recoge el pan y el vino, quien distribuye ropas y zapatos usados, y tareas similares.

Más que cualquier otro el limosnero debía ser bueno, moderado, capaz de soportar con paciencia las quejas y las recriminaciones de quienes les asaltaban sin cesar. Los consuetudinarios recomiendan tratar con delicadeza muy especial a los que antes habían sido ricos.

Entre las funciones clave de la organización religiosa figura el maestro de novicios. Sin duda, una de los problemas más importantes de toda organización es la recluta de quienes hayan de sustituir en el futuro a los actuales miembros. En sus inicios resultaba muy distinta a nuestras estructuras actuales dado que es toda la comunidad la que debía educar a los niños confiados a los cuidados del monasterio que proporcionaban la mayor parte de los monjes futuros. Unos consejos, insisten en el amor y en el respeto, pero sin olvidar que el castigo constituye elemento básico de la formación. En épocas posteriores, en los monasterios debían existir monjes responsables encargados de la educación de los niños, a los que enseñaban las letras pero también el canto y la liturgia puesto que los niños constituían un elemento que participaba directamente en los oficios divinos.

Por último, entre los oficiales hay que destacar a los visitadores, enviados por el poder central que se encargaban de verificar sobre el terreno si la vida diaria de los conventos se desarrollaba conforme a los preceptos de la Regla y a las decisiones del capítulo general. Los visitadores interrogan a los monjes uno a uno haciéndose una idea de lo que marcha y lo que no marcha en las comunidades que visitan.

Hoy en día poseemos un grandísimo número de informes establecidos a la vuelta de las inspecciones y que para el historiador constituyen una fuente inagotable de informaciones, a menudo muy pintorescas. Su anecdotario no debe hacernos olvidar, sin embargo, que no deben confundirse los incidentes y accidentes de una vida en común con la búsqueda de ese elemento mínimo que configura la constante de la vida monástica: el deseo de vivir la vida evangélica de una forma perfecta.

3. ALGO SOBRE ORGANIZACIÓN.

Una de las cuestiones que con mucha probabilidad querrá conocer el visitante del monasterio es la forma en que éste se gobierna, la manera en que se elige a los superiores y los derechos de los miembros de la comunidad²². Para muchos especialistas en el análisis de las instituciones -y también de las organizaciones- han de destacarse estos aspectos que forman parte de la llamada "democracia monástica".

Moulin ha subrayado la existencia real de una serie de principios democráticos que enumeramos a continuación:

a) La vida se desarrolla dentro de un sistema de derecho estricto. En efecto, el funcionamiento, los mecanismos de decisión, los sistemas de elección y los derechos y deberes de cada uno, comenzando por los del abad -incluyendo la posibilidad de las reformas constitucionales- están previstos y definidos por la Regla.

En este orden, se presenta el problema de la obediencia debida (que no resulta tema novedoso en las organizaciones jerarquizadas). El monje puede presentar objeciones a las órdenes que le parezcan imposibles de ejecutar física o moralmente. Ahora bien, ha de hacerlo sin arrogancia ni espíritu de contradicción o resistencia sistemática.

b) La elección por sufragio universal. Cuando la Regla se refiere a la del abad se pone de manifiesto que lo habrá de ser por unanimidad o mayoría.

c) La participación de la comunidad en las decisiones de importancia. Tras la exposición del problema y haber expuesto las opiniones diversas - "sin la presunción de defender de forma obstinada las propias opiniones"-, el abad habrá de decidir. Naturalmente hay también cuestiones menos importantes en las que se consulta a los ancianos.

²² L. MOULIN: "La vie benedictine quotidienne hier et aujour d'hui. pp.406 y ss.

d) El principio del mérito. Se debe designar a un abad en el que se reúnan una serie de cualidades (doctrina, prudencia, mérito de vida).

Respecto a las técnicas electorales, son los "consuetudinarios" los que proporcionan informaciones más valiosas. Así se busca conseguir (¡desde el siglo V!) la mayoría absoluta, de las formas de llevar a cabo el escrutinio, etc. Sin embargo, como ha puesto de relieve la mínima historia bosquejada, uno de los problemas de la institución monástica fue la existencia -¿impuesta?- de abades comendatarios.

e) Por último, suele señalarse que el primer Parlamento europeo que se conoce es el Capítulo general de la orden cisterciense puesto a punto por San Esteban Harding. En el mismo se puede modificar, interpretar, abreviar o condensar las normas de forma que i) el superior general actúe dentro de los límites marcados por dicho Capítulo (también llamado *Parlamentum*) y ii) nadie puede invocar la ignorancia de las normas.

Para estudiar la figura del abad, recordemos de nuevo con Moulin²³ que "un monasterio es una ciudad en miniatura. Las funciones que en ella se llevan a cabo están a la vez jerarquizadas y son muy diversas. Se requiere, pues, una organización y unas características estructurales para cada monasterio". A su frente -lo hemos señalado- se encuentra un abad, al que ha llegado el momento de dedicar unas consideraciones.

Resulta interesante destacar el origen arameo de la palabra y su significado ("padre") que se mantienen en griego y en latín. Debe formar parte de la comunidad del monasterio, o al menos ser de la misma congregación, ha de ser sacerdote o recibir las órdenes sagradas lo antes posible y después ser consagrado. No obstante, la historia señala que hay abades que procedían de otras congregaciones.

Como acabamos de señalar, es elegido por el capítulo del monasterio y, preferiblemente, en presencia de un visitador. Algunos tratadistas como A. de Vogué²⁴ ha subrayado que, en la realidad, la elección es resultado de un compromiso. La votación,

²³ Moulin: op. cit. pp. 412

²⁴ A. de Vogué: *La Communauté et l'abbé dans la règle de Saint Benoît*. Desclée de Brouwer, 1.961

que debe ser preferiblemente unánime, es precedida por una presentación de los candidatos, seguida por una discusión para eliminar los desacuerdos y permitir alcanzar la unanimidad. Desde el siglo VI al XII, de grado o de fuerza, la elección era por unanimidad y sólo a partir del siglo XIII se afirma progresivamente el principio mayoritario.

Teóricamente el abad es elegido de por vida. Pero puede rehusar su elección y también puede abandonar el cargo por paso a otro puesto, por dimisión, destitución o deposición. Pero estos principios fueron pronto conculcados: los primeros abades eran designados por sus predecesores, pero pronto reyes y príncipes se impusieron a las elecciones de los religiosos. Se dice que Carlomagno o Luis el Piadoso han nombrado a algunos abades que... eran capaces y dignos.

Pero es la "encomienda" la que modifica la elección en extensión creciente. El sistema consiste en atribuir el monasterio a una persona, sea clérigo o laico, que percibe las rentas del monasterio sin dirigirlo. La "encomienda" aunque se conoce desde el siglo V, se generaliza más adelante. Hay numerosos ejemplos también de intervenciones de los poderes pontificios.

El papel del abad es a la vez espiritual y temporal. El primero es originalmente el más importante²⁵. El abad lleva la cruz, símbolo pastoral y posee el poder de dirección y gobierno de cuerpos y almas. En la concepción benedictina, el abad es la clave del monasterio. La regla ve en él a un padre que debe gobernar una familia, conducir el alma de los monjes o bien, conformarse y adaptarse a todos. En la realidad el abad ejerce una autoridad absoluta... pero, como hemos visto, ha de consultar Su poder tiene un límite: la cuenta que habrá de rendir a Dios.

Pero el abad tiene también un poder temporal. Debe gestionar y administrar los bienes. En esta tarea le auxilian los oficiales que hemos descrito... y también tiene poder jurisdiccional. En primer lugar de carácter eclesiástico, similar a la que ejerce un obispo. Esta jurisdicción está en ocasiones relacionada con la inmunidad concedida por los reyes

²⁵ V. .p. ej. Salmon: "L'abbé dans la tradition monastique" ; y Moulin: op.cit.

(privilegio que prohíbe la intervención de los agentes reales en los dominios monásticos) y con la exención (respecto a la jurisdicción del obispo). También en ocasiones ejercía su jurisdicción en otros territorios.

A estas alturas de la historia, no es de extrañar que conozcamos la existencia de grandes crisis en varios órdenes: de obediencia, de abusos en la forma de vivir (ejemplos de dilapidación, acaparamiento de bienes y cesión a miembros de la propia familia, de fausto señorial, de simonía, etc. Los autores que hemos analizado ponen de manifiesto que en la práctica "todo reposa en la altura de cada persona" y comentando los principios de la Regla, Moulin señala que "siendo el hombre lo que es, las recomendaciones no han bastado para apaciguar la maldad de algunos abades". Personalmente, sigo pensando en lo acertado del viejo dicho del hábito y el monje. Seguimos entre seres humanos.

IV. ALGUNOS ASPECTOS PRÁCTICOS

I. Tras conocer un mínimo de la historia y de las funciones "externas" que se llevan a cabo en el monasterio, al visitante le surgen lógicamente otro conjunto de preguntas. En este epígrafe intentaré, al igual que en otros, proporcionar algunos elementos que contribuyan a presentar la vida diaria del monasterio. Es lo que algún texto²⁶ en inglés ha denominado "practicalities".

Empezamos hablando de la fundación de un monasterio. Como cabe deducir de anteriores epígrafes, la misma depende de momentos y circunstancias. Podemos encontrar así, a modo de ejemplo, con monasterios fundados por monjes procedentes de otro lugar que atraen a otros candidatos o bien encontramos donaciones de fuentes muy diversas como pueden ser señores, príncipes, etc. o simplemente propietarios de algunos edificios²⁷... Pero, ¿dónde llevar a cabo la fundación?

En unos casos se elige un "desierto", entendiendo bajo este concepto lugares de acceso difícil y que propicien la oración. Con buena lógica Moulin se pregunta "¿por qué

²⁶ Ver, por ejemplo, Burton J. "The Monastic Order in Yorkshire, 1069-1215"; Lawrence "Medieval Monasticism", además de las obras citadas de Lencart, Moulin, Gerhards.

los monjes irían a perderse tan lejos, en lugares inhóspitos y con frecuencia en condiciones climáticas que plantean problemas de muy difícil solución?”

La respuesta parece clara. Los primeros solitarios buscaban ante todo la soledad, lejos de las ciudades con su gama de problemas (los primitivos hablan también de las costumbres ciudadanas). Pero debían encontrar formas mínimas de supervivencia y en ese orden les resultaban necesarias tierras, pastos, agua, etc. Las tierras debían tener unas mínimas condiciones de aptitud para el cultivo y el agua resultaba precisa para una multitud de usos algunos de los cuales se hará referencia más adelante.

En resumen, las exigencias de esta forma de vida hacen buscar lugares que, después de una actividad muy intensa de trabajos se han humanizado profundamente, y permiten hoy expresar por ellos una admiración que parece tanto más justificada cuanto mejor se conocen los medios para lograrla. Las razones de los fundadores son múltiples y variadas. En Oriente (Palestina, Egipto), algunos monasterios fueron construidos en conmemoración de acontecimientos bíblicos. En otros lugares se ha querido rendir homenaje a Santos, venerar reliquias o ejercer una actividad misionera.

Una vez creado el monasterio este puede considerarse en cuanto a sus habitantes, señala A. Gerhards²⁸ como “una familia cuyos miembros realizan el voto de no abandonarla”. Con diferencias notables se encuentran en él tres grupos de monjes: los profesos, también conocidos como monjes de coro, que tenían el privilegio del acceso al coro durante buena parte de la historia del monacato cristiano; los llamados hermanos conversos que son religiosos encargados de algunas tareas materiales y los novicios. Pero no creamos que se limitan solamente a estos tres grupos los habitantes de un gran monasterio de las épocas de esplendor.

En efecto, en esas épocas dentro de los muros monásticos convivían muchísimas personas con status muy diversos. Entre ellas, artesanos, miembros que en remuneración de su trabajo, participaban en oraciones y en las buenas obras del monasterio; siervos

²⁷ Resulta extraordinariamente ilustrativo al respecto el estudio de A. Linage sobre los orígenes en España del monacato benedictino

voluntarios; hombres libres que se comprometían con el monasterio mediante un vínculo personal y la prestación de un censo anual, arrendatarios y colonos que disfrutaban de alguna prebenda (accidentados, servidores envejecidos, etc.) que a cambio de la donación de sus bienes gozaban de algún tipo de pensión (alimenticia, de vestido, de alojamiento); trabajadores asalariados; aprendices; escolares; niños ofrecidos por sus padres a la abadía; laicos que, tras ofrecer su vida, trabajo y bienes al monasterio prometían obediencia al abad, conservando su libertad jurídica. Precisamente en el mapa que se acompaña - esquema descriptivo de un gran monasterio - se pone de manifiesto la existencia en la ciudad monástica de instalaciones para estas personas.

La gestión del dominio monástico, ya compleja por el número de personas dependientes y la multiplicidad de funciones, lo es más aun si se tiene en cuenta la diversidad y la complejidad de los ingresos necesarios para su funcionamiento. A tales ingresos nos referiremos más adelante. Aquí ha de señalarse que el monasterio no actúa en ese sentido de forma diferente a la de otros señoríos de su época. Así, el monasterio puede tener bajo su dominio otros monasterios, los cuales se reciben por tradición (donativos de algún señor), pero muy a menudo como restituciones de dominios que otros han ostentado ilegalmente u otras formas.

Sin perjuicio de entrar más a fondo en el epígrafe dedicado a arquitectura en otros aspectos conviene señalar que la organización material del monasterio se plasma en una serie de construcciones (que resaltan los planos que acompañan). El monasterio está cercado por una muralla, forma de protección material, y espiritual de la comunidad.

Los edificios clave del recinto son la iglesia (abacial o basílica) y el claustro, patio central ajardinado y rodeado de una galería cubierta que constituye lugar para la oración, la lectura, y las procesiones. Alrededor del claustro se ordenan los principales lugares de vida del monasterio: sala capitular, calefactorio cercano al escritorio, refectorio a cuya entrada se encuentra un lavatorio, etc. En el primer piso se sitúan dormitorios y biblioteca. En el interior del recinto, pero no alrededor del claustro, la enfermería, el cementerio, la casa del abad, la hospedería e instalaciones como: molino, prensa, etc. Asimismo, ha de destacarse

²⁸ A. Gerhards: op cit. Cabe añadir los nombres de Duby, Hourlier o en la compilación de J. Le Goff sobre la

que la enfermería y el noviciado constituyen en las instalaciones una especie de monasterio a escala más reducida.

Moulin²⁹ ha destacado que todas estas instalaciones están destinadas a una actividad funcional (“vivir y no habitar”), vida que se refleja en esa muchedumbre de aspectos cotidianos de los que se ha hecho ya referencia pero sobre los que deben destacarse aspectos ascéticos (silencio, obediencia) y también otros elementos esenciales para la convivencia (limpieza, higiene).

II. Presentamos seguidamente otros aspectos relativos a la vida diaria: la alimentación, las horas de sueño, etc. para finalizar con lo que se ha denominado “necessarium”. A efectos de primero de estos conceptos presentaremos en el recuadro 5 algunos aspectos de la famosa “comida monacal”

Al presentar los temas relacionados con la comida (véase el recuadro 5), debe señalarse con algunos autores que ni las neurosis ni los excesos románticos tienen cabida en los monasterios. Por encima de todo, el monje es un hombre que ama la vida pero que, por espíritu de mortificación, es capaz de aceptar no comer carne ni grasa y contentarse con huevos, pescado, raíces y hierbas. El “consuetudinario” que hemos reproducido pero también las memorias de Cluny pone de manifiesto que todos los días los monjes recibían dos platos. El primero es una especie de sopa y el segundo se compone de leguminosas, ensalada, etc., y además, queso, frutas, vino y cerveza. Hay que señalar que hay que distinguir también lo que constituye el ayuno en que sólo se hace una sola comida.

Pero, además, en caso necesario se proporciona un suplemento alimenticio y, como es lógico en casos de enfermedad se tienen en consideración el necesario suplemento destinado a la reposición de la persona. El cuadro indica también la denominación de los suplementos. Se denominaba Generalle a una porción suplementaria de huevos, queso o cebollas servida en un solo plato y Pietancia a una porción a distribuir entre dos. El Mixtum se componía de pan y vino que se tomaban tras el oficio matutino o tras las

vida medieval el trabajo de G. Miccoli.

²⁹ Moulin, op cit, pag 410 y ss.

vísperas. Y por último la Collatio es una comida frugal que se ba los días de ayuno tras la lectura de las “Colaciones” de Casiano.

Se ha destacado que el pan ocupaba un lugar preponderante en los productos de la alimentación monacal. Se preparaba de muchas formas, pero, como ha señalado Moulin, en la práctica, este régimen, que cubría de sobra las calorías necesarias, tenía el inconveniente de hacer engordar en exceso . Se ha dicho y se ha extendido la expresión “gordo como un monje”, pero para la dietética moderna sin duda el desequilibrio en el sistema de comidas es el responsable de tales excesos.

También los monjes están muy relacionados con la producción y el consumo de queso en muy diversas formas. No es de extrañar que, por su relación con la agricultura y en la propia organización del territorio monástico, la cría de ganado vacuno ocupase un lugar muy destacado. Como también se ha indicado que solo un sistema artesanal muy cualificado, preciso, minucioso y observador como el monacal haya sido capaz de transmitir las técnicas delicadas que constituyen la base de la fabricación del queso.

Igualmente en los monasterios se da una relación con las bebidas reconfortantes. En primer lugar, con el vino cuya justificación primera reside en su utilización litúrgica y de ahí que los monjes plantaran vides. Pero, además, la Regla prevé que se proporcionará al monje, en función de las circunstancias una hemina de vino(se sigue discutiendo sobre su medida exacta).En el consumo del vino ha de observarse que en los tiempos medievales no se bebía prácticamente agua sino zumo de frutas o una rudimentaria cerveza, por lo que beber vino era cuando menos lógico.

La cerveza tal como la conocemos hoy se atribuye a un abad benedictino del siglo once, San Arnulfo.

Otra cuestión que despierta curiosidad se refiere a la higiene monástica. La preocupación por la limpieza en su más amplia acepción aparece en todos los consuetudinarios. Encontramos también preocupación de tener agua limpia y eliminar las residuales en las construcciones monásticas.

Los religiosos deben lavarse las manos en muchos momentos del día: antes de pasar a la mesa, al abandonarla, al ir a maitines y después de la misa. Se dice que en algún texto se cita la palabra ablución más de quince veces. El afeitado varía también según las órdenes. Para unas el ritmo es de cinco a seis afeitados al año. En otras se hace cada quince días y antes de fiestas. El afeitado es una ceremonia en la cual se cantan salmos. Y tiene lugar en el claustro o en el calefactorio donde los monjes se colocan uno frente a otro para proceder a la rasuración. Incluso se ha señalado que los monjes han inventado el primer agua de colonia utilizando al efecto un agua aromatizada con hierbas de jardín.

La limpieza de las ropas menores constituye otro aspecto de la higiene. El Concilio de Aquisgran del año 817 prevé que sean los propios monjes quienes deben lavarla. Diversas constituciones insisten en este aspecto. Los baños no son frecuentes aunque ciertos monasterios los poseen. Los consuetudinarios reglamentan la hora, el día y la forma de bañarse. Así algunos monjes sólo podían bañarse con autorización del capítulo general. Otros lo debían de hacerlo en Navidad, Pascua y en Pentecostés.

El “necessarium” era un conjunto de letrinas cerca del dormitorio común. En el consuetudinario de Lanfranc se describe como debía enseñarse a los novicios dicha instalación (“y será llevado detrás del dormitorio y se le mostrará donde él habrá de “reparar” cuando la vía natural se lo solicite y se le dirá la forma de comportarse al sentarse y al partir y como satisfacer con modestia las demandas de la naturaleza”). Pero en definitiva, la preocupación por la higiene está presente en los primeros monasterios.

Sorprendente, al menos desde una perspectiva actual, es la evolución que sigue el dormitorio. Durante largo tiempo este fue común comprendiendo entre sus habitantes al abad. Para unos, el dormitorio suponía un lugar de mortificación puesto que la posibilidad de “disfrutar”, de roncares era bastante elevada. Poco a poco se pusieron cortinas que intentaban dar un poco de aislamiento. Naturalmente, no debe extrañar esta fórmula que era la que existía en los lugares de habitación de los hombres de la primera edad media. Por otra parte la cama en realidad era un banco con un colchón de paja, una sábana, un cobertor. Los monjes dormían vestidos y debían estar dispuestos para asistir a los oficios.

Si se tienen en cuenta, además, la inexistencia de calefacción y el deseo de mortificación no debemos asombrarnos porque en definitiva en los climas fríos de monasterios suizos o alemanes se produjesen frecuentes congelaciones e hiciesen necesaria la existencia en algún lugar del monasterio de algún rudimentario sistema de calefacción. En efecto, en la iglesia el frío es tan profundo que los sacerdotes no llegan a poder utilizar las manos para oficiar y está prohibido el acceso tanto a la cocina como a la enfermería. Para evitar la paralización de la vida de la comunidad se hace preciso arbitrar diversos medios . Por último, el habito habrá de acomodarse a las condiciones del país.

RECUADRO 5
ALIMENTACIÓN.

CONCEPTO	DIARIO	FUERA DE AYUNO Y ABSTINENCIA	SUPLEMENTOS
Pan	X		
Vino	X		
Legumbres	X		
Pescado	X		
Carne de Aves	X		
Fruta	X		
Huevos		X	
Queso		X	
Manteca		X	
Pasteles de carne		X	
Dulces:			
Crespelli		X	
Nebullae		X	
Caseate		X	
Brachiales		X	
Especias:			
Pimienta			
Canela			
Generalle: porción individual de legumbres			X
Pietancia: Cantidad pequeña de alimento o bebida			X
Mixtum: pequeña refección			X
Collatio: bebida suplementaria			X

DISTRIBUCIÓN

Dos platos: de alimentos cocidos (pescado o carne de aves)
 Un plato: de legumbres y/o frutos de frescos o cocidos (según época)
 A diario: una libra de pan; una homina de vino.
 Prohibido: carne de cuadrúpedos (con excepción de los enfermos)

III. Una de las cuestiones que puede interesar al visitante es el origen de los medios necesarios para el sustento de los monjes. Sin duda la respuesta es muy variada en función

de las diferentes circunstancias de tiempo y espacio a las que nos hemos referidos. Si nos centramos, por búsqueda de una cierta homogeneidad con otros momentos a los que nos hemos referido, de la época de apogeo del monacato han de destacarse dos aspectos:

Primero, que el origen de los ingresos no es especialmente diferente a los que tienen los distintos señoríos que existen en esos momentos. Y en segundo lugar, la carencia de sistemas complejos de contabilidad y especialmente de una valoración monetaria de buena parte de los ingresos no nos permite comparaciones en el tiempo.

A efectos operativos, es útil la clasificación de los esquemas de ingresos que debemos a S. de Moxó³⁰. Para este autor, las rentas monásticas medievales tenían su origen en los siguientes grupos: 1) Rentas de origen territorial o dominical, satisfechas por los campesinos dependientes instalados en propiedades del monasterio, ya fueran tanto prestaciones reales (Censos y Pechas) como personales; Censos satisfechos como adelanto de la efectiva consumación de una donación; Ingresos provenientes de encomendación de bienes, arrendamientos o aparcerías, etc.; 2) Rentas señoriales entre las que cabe destacar las jurisdiccionales, la participación en tributos de la corona, etc.; 3) Rentas eclesiásticas canalizadas fundamentalmente a través de diezmos, primicias y oblaciones de las parroquias pertenecientes al monasterio.

El “Diccionario de Derecho Canónico³¹” francés, distingue entre patrimonio de la Comunidad monástica y rentas del monasterio que cabe atribuir a un individuo o a una comunidad, diferenciando las que corresponden al abad y las que corresponden a los monjes. Esta distinción se origina en el año 817 (Concilio de Aquisgran). El abad deberá participar financieramente en la conservación de los edificios comunitarios. Más adelante se atribuirán a los diferentes monjes que llevan a cabo los oficios indicados unas determinadas cantidades.

Como en casos anteriores y a efectos simplemente visuales hemos reproducido en el Recuadro 6 unos datos obtenidos del trabajo de J. Burton relativo a los ingresos y gastos

³⁰ Citado en L. J. Fortún: “Leire, un señorío monástico en Navarra”, 1994. En cualquier caso, con pequeñas diferencias, encontramos sistemas similares en Francia, Inglaterra, Alemania...

³¹ “Dictionnaire de Droit Canonique”, París Letouzey y Ane

de dos monasterios británicos que se establecen con motivo de la sucesión de dos abades. Son de destacar el tesoro del Rey como principal destinatario de las rentas; el complejo mundo de los ingresos, pero también de las situaciones de los habitantes del monasterio. Hubiese sido necesario un sistema de contabilidad que, como tantas otras cosas, también se originó en el mundo monástico, aunque mucho más tarde de la época a la que se refiere este cuadro.

RECUADRO 6

Monasterio 1184

	Libras	Chelines	Peniques	Concepto
Ingresos	28	1	8	Auxilium debido al abad
	194	7	5	Rentas agrícolas
	116	3	7	Rentas eclesiásticas
	81	9	-	Derivados de pleitos
	2	-	-	Donaciones
	31	9	9	Venta de cereales
	467	13	4	TOTAL
Gastos	46	13	4	Rentas de la Corona
	20	-	-	Vestidos de los prebendados
	4	7	-	Trabajos en la Iglesia
	4	9	-	No consta
	1	11	4	Libros para el culto
	10	11	8	Para el sacristán "necesidades de luz"
	36	17	2	Vestidos de los monjes
	157	17	2	Mantenimiento de los monjes
	14	7	9	Alimentos de los monjes
	22	3	2	Utensilios para las labores
	19	15	-	Salarios de los sirvientes
	38	17	4	Alimento de los sirvientes
	3	10	-	Para el preboste de Beverley
	-	12	-	Para el judío de York
	5	5	8	Para hacer un cáliz
	79	9	2	Deudas

Con posterioridad la evolución de las rentas monásticas sufre el mismo tipo de incidencias que ingresos semejantes de otros señoríos y en este sentido deben destacarse los esfuerzos realizados por los especialistas en instituciones medievales como L. García de Valdeavellano por ofrecer luz en la compleja situación de las instituciones de la época.

Monasterio año 1210

	Libras	Chelines	Peniques	Concepto
Ingresos	205	2	8	Rentas de las tierras y molinos
	17	13	4	Rentas de la pesca
	28	9	6	Rentas de bosques
	99	3	6	Rentas de iglesias
	51	7	8	Procedentes de pleitos
	4	10	6	Ventas de lana
	6	5	4	De una abadía dependiente
Gastos	161	18	6	Alimentos y vestidos de los monjes
	20	-	-	Pensiones
	230	14	-	Rentas de la corona

Fuente: Casos recogidos por J. Burton "The Monastic Order in Yorkshire", 1999

Debe mencionarse también la importancia que las mejoras de las técnicas en la agricultura y la industria que, originadas en el monasterio, se introducen en ámbitos más amplios en las formas de hacer frente a las necesidades. Como destacan DUBY, BERMAN y otros autores, la agricultura permite a los monjes ser autónomos. Ahora bien, la concepción que cada orden tiene del lugar que el trabajo manual desempeña en la vida religiosa explica la existencia de diferentes tipos de organización de los dominios agrícolas. Los monjes, de acuerdo con la importancia que la Regla de San Benito concede al trabajo, cultivan las tierras. Pero en la medida en que los monasterios, gracias a las donaciones que se les hacen, se convierten en propietarios se empiezan a generar rentas.

Las tierras son muy diversas y en pocas palabras, precisan el desarrollo de técnicas agrícolas nuevas o de nuevos cultivos. En este sentido, ciertas formas de producción de vinos o quesos son puestas en marcha desde el siglo XII. Se asocia a los cistercienses tanto el empleo de una maquinaria que se fabrica en el propio monasterio como el uso de técnicas de rotación de cultivos³².

Es particularmente interesante la evolución hacia la economía monetaria. En efecto, ya a principios del siglo XII Cluny deja de percibir todo su avituallamiento de forma

³² En un interesantísimo estudio sobre el espacio cisterciense se realizan análisis curiosos sobre las formas de organización de las granjas cistercienses: "L'espace cistercien", 1994, especialmente los trabajos de L. Pressouyr, Fosier, Largier, Ausel y otros. Para el caso español se encuentran también nombres como el ya citado Fortún, Linage y otros.

directa y empieza a gastar grandes sumas en la adquisición de cereales. Por una parte, percibe donaciones en numerario. Por otra, las rentas bajan porque los campesinos prefieren vender los excedentes o consumir las cosechas. Por ello, los monasterios venden tierras y se aplican de forma especial a mejorar las productividades con reflejo todo ello en un mayor uso de los medios financieros.

Los cistercienses participan en labores de vendimia en las tierras próximas al monasterio; pero son los conversos los que aseguran el trabajo en las granjas situadas en las tierras más lejanas del monasterio. Igualmente, se practica la especialización de las actividades agrícolas y la mejora de la ganadería. También, por último, han llegado a la realización de tareas de preparación de la tierra. Una gran cantidad de ejemplos ponen de relieve contribuciones a la mejora de estas producciones y su sistema de cría se extiende por diferentes dominios del mundo.

Asimismo en muchos monasterios se llevan a cabo actividades de carácter industrial, especialmente relacionadas con las industrias extractivas (se encuentran ejemplos de exportación de carbón, plomo, hierro, sal...), aunque las industrias relacionadas con la difusión y mejora de las técnicas agrícolas son realmente interesantes.

Ahora bien, a pesar del movimiento de prosperidad económica del siglo XIII, estas actividades no son generalizables. La mecanización, el maquinismo y otros conceptos que se aplicarían a la edición, a la imprenta, a la producción de alcoholes como la cerveza o el vino, que resuenan en nuestros oídos son ejemplos, aunque de carácter particular y no extensivos a todos los ámbitos.

V. UNAS NOTAS SOBRE CULTURA

Entre los tópicos manejados en los análisis documentales de los monasterios suele destacarse el papel desempeñado por los mismos en relación a la cultura. Dadas las limitaciones de todo tipo que estas reflexiones han aceptado se mostrarán dos aspectos: a) el referente a las fórmulas en que en los siglos IX y X se llevó a cabo esa función de

transmisión de culturas; b) algunas de las formas culturales en que se han plasmado las aportaciones de las instituciones monásticas.

R. W. Southern³³ mantiene una hipótesis atractiva que merece la pena examinemos. Señala este autor que, a comienzos del siglo IX, “la continuidad de los estudios organizados con muy pocas excepciones, (entre las que la más significativa era la medicina con una larga tradición de estudios localizados en Salerno) dependía de la existencia de monasterios y otras instituciones colegiadas como las escuelas catedralicias”.

El complejo mundo de servicios eclesiásticos que se desarrollaba en los monasterios en los citados siglos planteaba un conjunto de problemas que para su solución requerían un grado estimable de conocimientos. Por ejemplo, la ordenación del año eclesiástico era una cuestión que exigía un cierto grado de conocimiento astronómico. Calcular por adelantado cuando tendría lugar la Pascua llegó a plasmarse en forma de calendarios perpetuos.

Además, en la medida en que los servicios litúrgicos se iban haciendo más complejos resultaba preciso escribir para ellos libros de himnos, antífonas y su traslación a música. Entre los monasterios existían diferencias que hacían precisas la preparación de historiadores, prosistas, poetas, compositores, etc.

Otro conjunto de tareas también exigían la transición de conocimientos técnicos y la aplicación de la herencia de soluciones anteriores. Por ejemplo, las actividades conexas a la puntualidad de los servicios. En efecto, al no existir relojes y ser variables con las estaciones los tiempos de los servicios, cualquier error de cálculo podía causar graves interrupciones en el día monástico³⁴. Las instrucciones para los oficios monásticos requerían pues un cierto conocimiento astronómico, lo que hacía preciso mantener contacto

³³ R. W. Southern “The Making of the Middle Ages”, pp 186 y ss. Citamos por la versión realizada en 1998 para la Folio Society. La obra forma parte de un espléndido conjunto que bajo la denominación “Story of the Middle Ages” reúne obras de expertos tan conocidos como Huizinga, Mundy, Barraclough.

³⁴ A. Poole recoge unas curiosas instrucciones encontradas en su “A Monastic star timetable of the 11th century”. El día de Navidad cuando veas desde tu dormitorio a Géminis tumbado y a Orión sobre la capilla de todos los santos, prepara la campanilla (para despertar a la comunidad).

con conocimientos de épocas más antiguas y a la vez se estimulaban las ansias para su mejora.

Otro conocimiento que se hacía cada vez más imprescindible como consecuencia de las necesidades de la vida cotidiana era la aritmética. Los únicos números conocidos eran los romanos y podemos imaginar las complicaciones para realizar operaciones tan sencilla como las sumas con expresiones latinas. La necesidad de llevar las cuentas de los ingresos procedentes de distintas fuentes y también los problemas de multiplicación y división llevaron al redescubrimiento del ábaco.

Puede parecer difícil, señala Southern, entender hoy los esfuerzos necesarios para reconstruir los conocimientos de astronomía o de aritmética como los había conocido en mundo antiguo. “No era cuestión de ir más allá – el impulso para la investigación, en el sentido de extender los límites del conocimiento científico, sólo comenzaría en el siglo XII- sino simplemente de aprender lo que había sido conocido y el mundo había perdido”. En pocas palabras, tanto por razones de necesidad como por razones de conservación y restauración, los monasterios se convirtieron en centros de acumulación de información científica.

Pero, además, la Regla imponía a los monjes la obligación de lectura. Aunque no es fácil imaginar las colecciones de textos existentes en los diversos monasterios, algunos estudios ponen de manifiesto la existencia de una gran variedad en los existentes. Así, una cierta comunidad estudiada por Albers³⁵, señala que entre 64 monjes, 22 eligieron obras de los Padres; 12 comentarios sobre partes de la Biblia; otros 11 libros sobre disciplina monástica y el resto trabajos de historia. Quiere ello decir que lógicamente, los estudios hacia una primitiva teología irían teniendo cada vez más presencia.

El producto típico de los estudios monásticos individuales es el “florilegio” que está constituido por colecciones de extractos de las lecturas en que los monjes ordenaban para su propio uso y satisfacción los frutos de la misma. Se conocen centenares de tales recopilaciones en colecciones muy diversas de manuscritos. Probablemente muy pocas de

³⁵ B. Albers: “Le couvent et la bibliotheque de Cluny vers le milieu du XI siecle”, cit. en Southern, pp 191

ellas merecen ser reimpresas, pero sigue siendo interesante por cuanto refleja una forma de actuación y de ordenación de años de lectura. Es de señalar que tales procesos de recolección y ordenación proporcionaron un impulso al pensamiento y a los métodos de investigación que en los siglos siguientes se manifestaría en escuelas y Universidades.

No resulta fácil realizar una enumeración de los saberes o ciencias a cuyo desarrollo han contribuido los monasterios cristianos. Enumeremos los que parecen más llamativos:

i) En la formación del Derecho miembros del monacato han desempeñado un papel importante³⁶. Especialmente como es lógico es el derecho canónico el principal objeto de esta actividad. Se trata del derecho propio de la Iglesia que se aplica a todos los fieles, laicos o clérigos para asegurar el buen ordenamiento de la sociedad eclesial y civil, así como el bien común.

El derecho canónico antiguo nos es conocido por intermedio de las colecciones como son los florilegios de textos oficiales. Los monjes han contribuido a los mismos constituyendo colecciones que reúnen textos diversos y creando el derecho de aplicación.

Para conservar, reunir y difundir textos legislativos, monjes, pero más a menudo obispos que han sido frecuentemente antiguos monjes llevan a cabo compilaciones entre las que se ha destacado la de San Isidoro de Sevilla.

Uno de los aspectos más importantes del período histórico de la primera Edad Media lo constituyen las relaciones entre los poderes seculares y religiosos. A modo de ejemplo, la reforma cluniasense, a través de su participación en el reforma gregoriana, participa en el saneamiento de las costumbres del clero secular y se compromete en la libre elección de obispos contra la atribución de los obispados por parte de laicos (cuestión de las investiduras).

³⁶ Ver por ej. G. Lebra, Ch. Lefevre J. Rambaud: "L'Age classique (1140-1358): Les sources du droit"; B. Tierney: "Religion et droit dans le developpement de la pansée constitutionnelle". PUF, 1993

A mitad del siglo doce se lleva a cabo una síntesis del derecho canónico por medio del decreto de Graciano que constituye la base de un vasto movimiento de construcción jurídica. En el derecho canónico se reglamentan diversos aspectos de la vida diaria. En diferentes órdenes como son los relativos a la política, la labor de ciertas figuras religiosas se manifiestan de forma evidente. Así existen teorías que se refieran a la necesidad de que los gobiernos deben estar fundamentados en el consentimiento de los gobernados basándose en criterios de libertad e igualdad. Es bien conocido el papel de Occam en las teorías de la constitución del gobierno.

ii) El papel de los monjes en la literatura ha sido destacado por muchos autores entre los que debe citarse a Lecler. Para él, hasta el siglo doce la literatura es esencialmente monástica y se justifica en que, dado el silencio del monasterio, las formas de comunicación escritas son importantes. En su opinión los monjes dan un contenido dirigiendo sus escritos a un destinatario que tratando de hechos y de experiencias. Lógicamente tiene una preferencia en géneros que han de ver con la educación de los monjes. Así las reglas y los comentarios que los acompañan constituyen un aspecto esencial, así como las reflexiones sobre los ascetismos. Al respecto debemos recordar las Colaciones de Casiano.

La exégesis, esto es el conjunto de escritos explicativos de textos religiosos ocupa un lugar importante en la literatura religiosa, se presenta de dos formas: el comentario de un texto escrito y la homilía, un comentario oral de factura sencilla que se traspone por escrito. Entre los exegetas se han destacado las figuras de San Jerónimo, del Papa Gregorio Magno, de Beda el venerable, de San Bernardo de Claraval. También ocupan un lugar predilecto las obras morales y las experiencias místicas. Nogu, monje que entró en el monasterio con nueve años y antes de ser abad benedictino del monasterio del mismo nombre escribió su autobiografía, con sesenta años y un buen número de monjas también participan en esta mínima referencia (por ejemplo las experiencias de Hildegarda de Bingen).

Un género especialmente interesante es el epistolar que se ha justificado por la necesidad de relacionar a los superiores con sus monjes o a los padres espirituales con sus

discípulos; pero también permiten defenderse o atacar a los adversarios. En este sentido hay una enorme cantidad de nombres en la historia universal de la literatura. Igualmente se desarrolla en los monasterios la poesía religiosa que comprende himnos que se cantan a lo largo del día y el drama litúrgico.

Pero debe destacarse también la influencia de la institución monástica en la literatura profana. En la historia de la literatura francesa se atribuye la canción de Rolando a un monje normando. En otras, los monjes constituyen un modelo de los trabajos a los que se dedican los autores que aprovechan sus obras para satirizar en mayor o menor grado la vida ordinaria en los monasterios. En todo caso, como autores o como protagonistas existe una evidente relación con la literatura por parte de los monjes.

iii) Otra disciplina que tiene una relación importante con el desarrollo del monacato es la historia. En principio, constituía una disciplina profana que no era considerada ni un arte (como podría ser la retórica) ni como una ciencia (medicina o teología). La historia desde el punto de vista monacal en sus primeras expresiones debe cumplir ciertas funciones. Tiene en primer lugar un papel moral proporcionando ejemplos, explicando los fracasos como consecuencia del pecado y los éxitos por la buena conducta. También permite asegurar una continuidad con los orígenes del cristianismo y arraigar en la tradición. Más adelante servirá para argumentar en conflictos y por último en su evolución contribuirá a establecer el pasado y la evolución de las ordenes así como los de la Iglesia.

La historia aparece bastante tarde en el monacato occidental. Empieza con Eusebio, obispo de Cesarea y en los trabajos de San Agustín y Casiodoro se lleva a cabo un papel de conservación y difusión de los libros de la antigüedad. Hasta el siglo diez la historia se desarrolla en medios religiosos relacionados con las catedrales (así San Isidoro de Sevilla o Gregorio de Tours son citados como principales representantes de esta corriente que se expande en los monasterios hacia el año mil).

A partir del siglo XIII, si bien los monasterios no han ostentado el monopolio de la historia, han albergado a grandes historiadores. Ahora bien, la historia escrita por monjes tiene características específicas. Ante todo la historia es un trabajo de equipo. En segundo

lugar la historia es un trabajo de taller de artesano. La copia juega en ella un papel fundamental y se compone de extractos yuxtapuestos. El pasado se reconstruye a partir de archivos. Por último los monjes historiadores llevan muy lejos la preocupación por la cronología debido a que el calendario desempeña un papel primordial en la vida religiosa.

Los trabajos históricos se presentan en forma muy variada. Un primer plano lo ocupan las hagiografías de los santos que comprenden tanto su culto como su historia posterior. En este sentido su finalidad es edificar al lector indicándoles las virtudes de un santo. Encontramos, conforme hemos visto, ya en el siglo cuarto las vidas de San Antonio en el desierto y una vidas de otros muchos santos (por ejemplo San Lamberto, San Romualdo, Santo Tomás de Aquino, etc.).

Otra forma de historiar es la realización de la historia de un monasterio. A veces se destina a defender las prerrogativas del mismo y por ello se relaciona con el derecho, aunque en otras ocasiones (en una apología mal entendida) llegan a producirse falsificaciones. Normalmente se relacionan los privilegios, las posesiones, y otros conceptos que constituyen una fuente interesante para el conocimiento de la vida diaria.

Por último, la tercera categoría de historia religiosa viene constituida por los anales y las crónicas. Los primeros, que aparecen ya en los siglos séptimo y octavo son originalmente notas breves escritas año a año en los márgenes de las tablas pascuales. Poco a poco se convierten en textos totales que informan sobre los acontecimientos desde que éstos se conocen y se consignan cronológicamente. Las crónicas constituyen una obra auténtica de historiador porque reconstituyen el pasado. Existen diferentes tipos de crónicas: generales o particulares. Ciertamente en la literatura actual se registra una crítica a la metodología utilizada puesto que no se valoran los documentos, se concede el mismo peso a los textos originales que a las referencias de segunda mano, etc. Pero poco a poco también los monasterios producen más espíritu crítico. Como han señalado muchos autores, se registró una revolución en el sentido de intentar llegar a una explicación de los acontecimientos.

iv) La medicina constituye un elemento científico y cultural de primer orden en los monasterios. Como historiadores de la medicina han destacado prácticamente hasta el siglo XIII, puesto que el conocimiento médico era casi un monopolio de los monasterios. Así en el año 544, Casiodoro compone para sus monjes del monasterio de Vivarium unas instituciones de ciencias divinas y profanas para que los religiosos aprendan a conocer las virtudes de las plantas y de las combinaciones de sustancias médicas. Un poco más adelante, un abad benedictino, Strabus³⁷ escribe sobre las plantas que se cultivan en el jardín de su monasterio y es sobre todo la famosa Hildegarda de Bingen la que escribe un tratado médico sobre las causas y tratamientos para las enfermedades.

En los monasterios se practica la sangría y se administran las plantas medicinales cultivadas en el jardín. Los consuetudinarios nos ponen de relieve las formas de practicar sangrías (curiosamente, según las venas, se apunta a distintas enfermedades). También hemos hecho una referencia a las enfermerías de los monasterios, donde encuentran acomodo no sólo los enfermos sino también los ancianos y los deprimidos. La constante tensión dialéctica entre ciencia y teología se manifiesta, otra vez, en la consideración de los cuidados médicos de los monasterios.

v) El saber filosófico constituye una de las formas intelectuales que se desarrollan en los monasterios en un grado destacado. Evidentemente difiere de su consideración actual, tanto en el sentido de la relación entre filosofía y teología como en la inexistencia de pensadores “profesionales”; pero es evidente que los nombres de San Agustín, San Alberto Magno o Santo Tomás de Aquino no faltan en ninguna historia de la filosofía. Como es bien sabido, la mayor realización de la filosofía medieval es la escolástica que preconiza un método de razonamiento y de enseñanza basado en leyes muy determinadas. La ciencia es el razonamiento dialéctico que quiere dar una gran importancia a los aspectos más racionales del pensamiento, fundamentándose en las aportaciones de civilizaciones precedentes. La escolástica dispone de sus métodos propios de exposición. Sin entrar en grandes discusiones, ha de señalarse, también, el papel de la escolástica en la transmisión del pensamiento aristotélico.

³⁷ M. Fosseyeux: “Histoire de la medecine, de la pharmacie, de l’art dentaire et veterinaire”, Ed. Albin Michel

vi) Lógicamente conexionado con el anterior, el estudio de la teología, su definición y una multitud de aspectos conexos ocupa un primer lugar en la cultura monástica. La teología de la vida monástica constituye uno de los campos teológicos que ha sido abordado desde los tiempos más remotos. Se refiere a los valores esenciales de la vida monástica en su acepción espiritual y del lugar del monacato en la vida de la Iglesia. Tales valores son esencialmente la huida del mundo, la caridad, el amor de Dios, la vida comunitaria, la obediencia, el respeto a la Regla, la austeridad y la interioridad.

El primer gran teólogo de la Iglesia Latina es San Agustín, quien ha pasado a la posteridad por sus trabajos sobre el pecado original, la gracia y la predestinación, pero sus contribuciones teológicas son mucho más amplias. En la Edad Media, la teología se elabora y se enseña a partir del interior del mundo sagrado del monasterio. Se fundamenta en la sabiduría que absorbe toda ciencia puesto que es una anticipación al paraíso. En los monasterios se producen obras tan diversas como los sermones de Bernardo de Claraval, o Beda el venerable quién reflexiona sobre la fe para establecer un conocimiento científico de los misterios.

A partir del siglo XII la teología se hace cada vez más compleja y prestigiada y empieza a desarrollarse en las Universidades que la cultivan de una forma específica; pero a la vez ha de señalarse que se empieza a separar de la enseñanza impartida en los monasterios y ha desarrollarse en lugares distintos.

vii) Por último debe hacerse una referencia a la ciencia, siquiera este término se aplique a saberes cuya inclusión en este dominio es actualmente discutida. San Agustín considera que la ciencia es indispensable para la comprensión de la Biblia y se muestra favorable a su práctica. Sin embargo, para otros la ciencia profana se considera de forma negativa puesto que puede distraer al monje de su simplicidad y humildad.

Entre los siglos V y X los monjes desempeñarán un papel fundamental, salvando, conservando y transmitiendo la herencia de la antigüedad. Bien mediante la copia de obras, bien mediante la confección de catálogos o enciclopedias que suponen una síntesis de los conocimientos que se tienen en cada momento.

En los siglos XI y XII el redescubrimiento de las grandes obras griegas gracias a traducciones árabes introduce lo racional en el pensamiento de una manera irreversible y a buscar la conciliación entre fe y razón. En los años sucesivos se producirá la creación aristotélica transmitida a través de la aportación de Santo Tomás de Aquino.

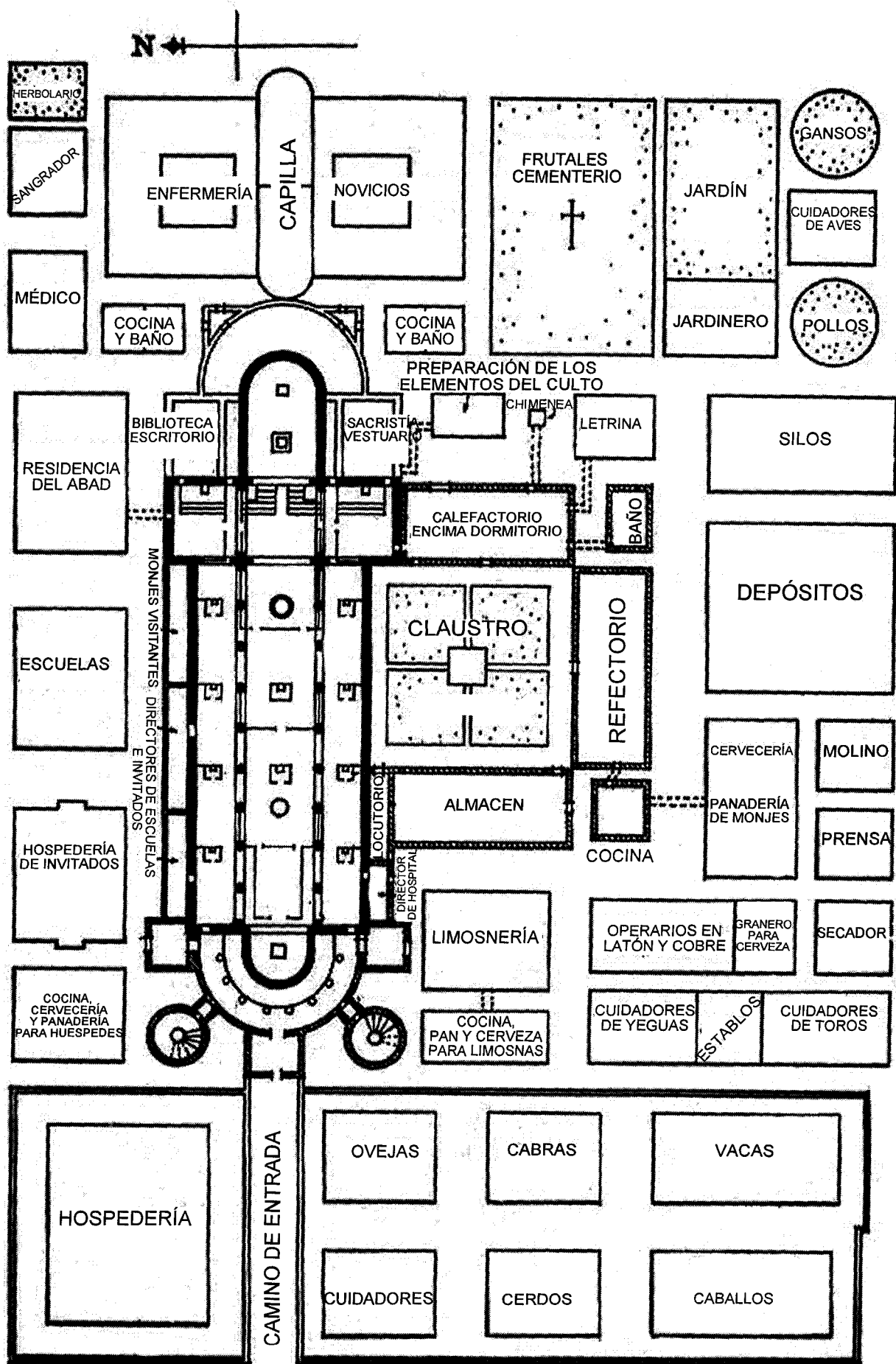
J. Burton ha destacado las influencias culturales de los monasterios de Yorkshire. Se pregunta sobre la identidad cultural, y las formas en que la cultura arraigaba en la vida diaria. Subraya que la recolección y transmisión de manuscritos y de escritos que se hacían en los monasterios tenían un impacto cultural, a la vez que indica que los edificios y construcciones monásticas reflejaban también el impacto de contactos e influencias culturales. No podemos entrar en un análisis complejo en que se ponga de relieve la importancia que estos contactos tuvieron sobre los monasterios de la región pero podemos imaginar que formas similares se manifestaron en otras zonas³⁸.

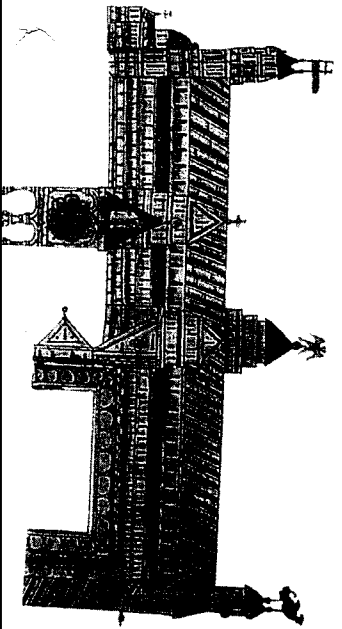
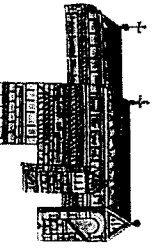
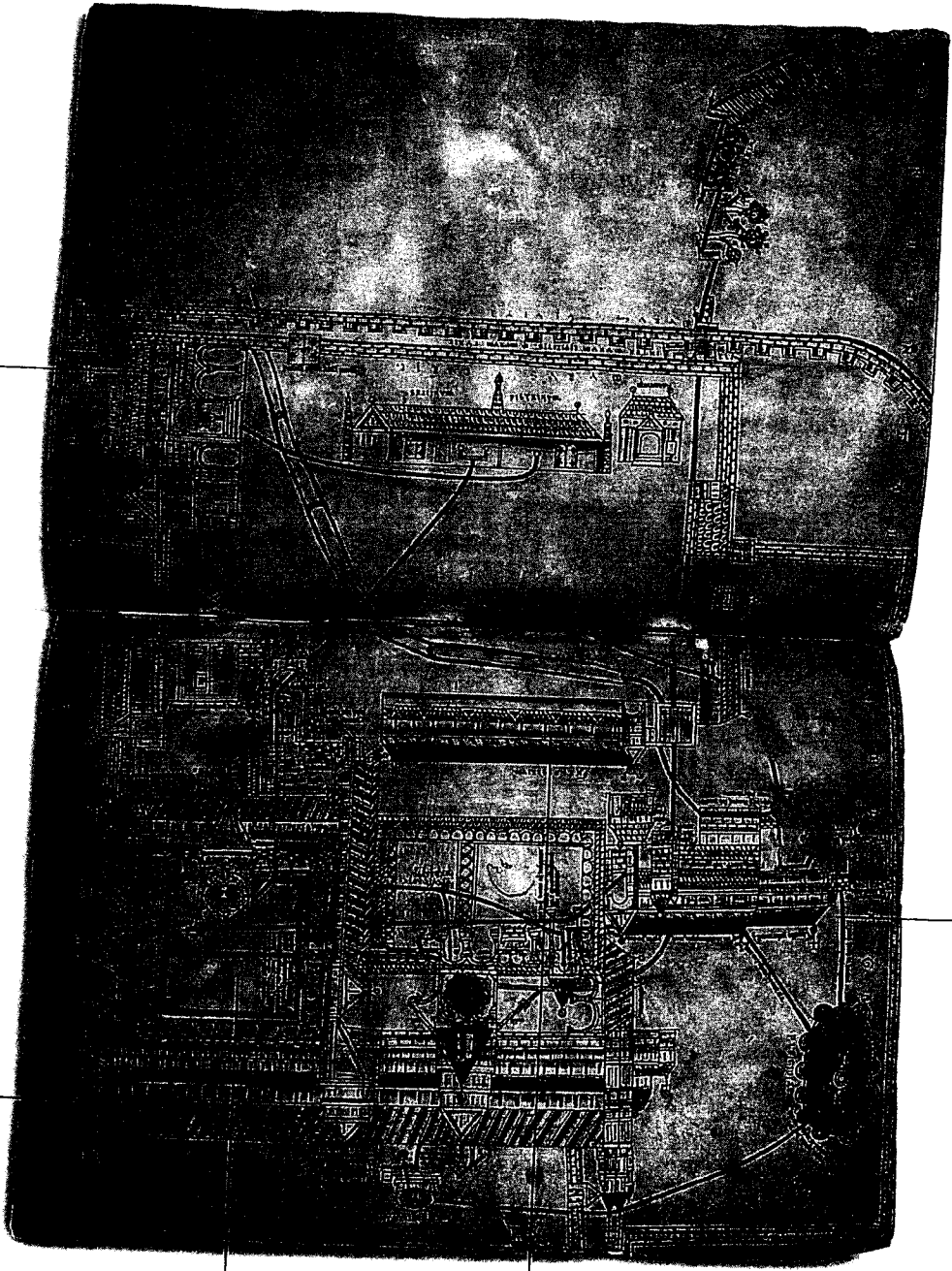
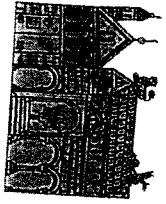
VI. ARQUITECTURA Y OTRAS ARTES

I. Los monasterios han desempeñado un papel básico en el nacimiento y en la difusión de las formas culturales y artísticas occidentales³⁹. A efectos de mejor comprensión se incorporan dos planos, uno correspondiente a la forma de distribución del monasterio de Saint Gall en el que se aprecia la ordenación de los espacios y en el que se aprecia la distribución de las funciones en la organización de las actividades. Al lado y en color figura un plano de 1160 que reproduce el sistema de traída de aguas con fines higiénicos al priorato de la catedral de Canterbury. Los autores discuten si resulta posible hablar de una arquitectura monástica o incluso de una “arquitectura benedictina”. Algunos ponen de manifiesto que existen rasgos comunes a monasterios de la misma orden, pero tales rasgos se encuentran también en monasterios de otras ordenes. Tal pregunta también se hace para las iglesias cistercienses. No entraremos en la polémica.

³⁸ J. Burton “The Monastic Order in Yorkshire”, Cambridge University Press

³⁹ G. Duby: “Le temps des cathedrales”; J. K. Steppe: “Saint Benoît dans les arts plastiques”. CH. Lawrence: op. cit.





Estudiar la arquitectura religiosa presenta dificultades. Para el período más antiguo, en buen número de casos solo quedan escasos vestigios en edificios no significativos, siendo preciso recurrir para su reconstrucción a documentos y textos. Por otra parte, en Francia las observaciones se han localizado en monumentos excepcionales (los edificios cluniacenses). En Inglaterra también ha sido desigual el mantenimiento de las instalaciones religiosas.

Los más antiguos monasterios de los que se tienen noticias han dejado escasos vestigios. Es el caso del monasterio de San Martín en Tours, aunque sí existen restos arqueológicos como por ejemplo de los monasterios irlandeses de Armagh. Los textos describen una ciudad monástica en la que se encontraba un barrio de laicos que estaban agrupados en función de su origen étnico, una casa donde se conservaban los manuscritos, instalaciones para estudiantes, una iglesia construida en piedra y un campanario que servía de abrigo en caso de guerra. Otros vestigios arqueológicos muestran que las iglesias se construían de acuerdo con planos muy sencillos y con grandes bloques de piedra. La nave tiene forma de un rectángulo y el coro es cuadrado. Se sitúan estratégicamente cruces que sirven para meditar sobre ellas.

Las más antiguas abadías italianas, como la de Monte Casino destruida varias veces, hace muy complejo la historia de su arquitectura, aunque predominen influencias bizantinas. En la Galia, los monasterios fundados por los monjes procedentes de Irlanda se instalaban en construcciones de antiguos dominios galo-romanos. El estado de los restos no permite hacerse una idea exacta del tipo de arquitectura que se practicaba en la época precarolingia. Cuando se reforman algunas comunidades religiosas para servir las Reglas de San Benito nos señalan las crónicas que se construyen un receptorio común, un dormitorio, un fogón, etc.

En la época de Carlo Magno los monasterios se multiplican. De acuerdo con los datos de A. Gerhards se indica que, entre el año 778 y el 855, se fundan cuatrocientos diecisiete, lógicamente con una gran actividad arquitectónica. El modelo conocido a través de documentos gráficos se basa en un claustro de forma casi triangular y en cada uno de cuyos ángulos se encuentra una iglesia. La iglesia tiene dos torres monumentales y el

claustro llega a medir trescientos metros en su parte más larga. Con ello se quiere cantar las alabanzas de Dios y presentir la alegría celestial a través del sentimiento estético.

A principios del siglo IX el plano del monasterio de Saint Gall que hemos presentado ilustra sobre la disposición ideal de un monasterio y muestra la voluntad decidida de organizar y conciliar lo material y lo espiritual. Quien concibe la instalación se apoya en la idea de crear unas islas cuyo centro es la iglesia. Se prevé solucionar todo aquello que pueda necesitar una comunidad – y no sólo - de monjes: claustro, escuela, refectorio, dormitorio, hospicio para pobres, residencia para los huéspedes, enfermería, jardín, panadería, fábrica de cerveza, etc. Los principales lugares utilitarios se encuentran alrededor del claustro. La disposición de los edificios se relaciona directa e indirectamente con la vida monástica.

En el siglo X se produce un renacimiento monástico. Existen soluciones arquitectónicas diferentes por ejemplo la superposición de criptas superiores. Estas juegan un papel decisivo en el plano religioso (pues en ella se depositan las reliquias) y arquitectónico. La mayor parte de los monumentos tienen un plan clásico: una o varias naves terminadas con uno o varios ábsides con o sin transepto. Los monumentos tienen grandes murallas, pocas ventanas lo cual hace sombrío el interior.

El arte y la arquitectura románica se han desarrollado de forma especial en los monasterios benedictinos que disponen de los fondos necesarios gracias a sus rentas territoriales. Otros se benefician de los donativos que concedidos por reyes y familias nobles y de los ingresos que les proporcionan el culto de los santos y las peregrinaciones. Pero aún con sus coincidencias no cabe identificar arte románico con arte benedictino puesto que muchos de los fundadores no lo son de monasterios y en iglesias y catedrales sí encontramos características románicas.

Ahora bien, sí cabe hablar de ciudades monásticas al modo de la ya descrita Saint Gall. Se caracteriza por una voluntad de orden, de equilibrio, de claridad y de limpieza. El conjunto proporciona una habitabilidad humana. Cluny ha significado la sucesión de tres períodos de construcción. En la instalación monástica, la basílica, comenzada en 1088 y

consagrada en 1130 ha sido el edificio más grande de la cristiandad hasta San Pedro. Mide 87 metros de largo, tienen ocho torres, cinco naves y dieciséis capillas laterales que permiten celebrar misa a los monjes. Las bóvedas se elevan hasta treintitrés metros.

Aunque quepa discutir ciertas cuestiones como la difusión de los modelos de construcción (expansión desde algunos centros religiosos más activos o zonas de peregrinación, etc.) lo importante es la iglesia, a la vez símbolo del hombre y del universo. Se considera que el arte de la construcción es un arte espiritual. Los talleres de los maestros de obra se sitúan cerca de los monasterios. La forma de la iglesia responde en su plano y en su estructura a finalidades de enseñanza y de oración. Así, el ábside se orienta hacia el sol naciente que simboliza el sol de la salvación. El conjunto de la iglesia representa el cuerpo encarnado de Cristo. Buena parte de los componentes simbolizan la cabeza, los brazos, el cuerpo, el corazón de Cristo, mientras que la puerta de la iglesia representa la penetración en la vida eterna.

La arquitectura cisterciense constituye una prolongación de la tradición benedictina. El plano de un monasterio cisterciense no está muy alejado del plano que hemos examinado. Los principales edificios están siempre agrupados alrededor del claustro. Pero en opinión de uno de los grandes medievalistas franceses (G. Duby) “el claustro tiene una importancia simbólica”. Es una reproducción del paraíso. La forma cuadrada representa la ciudad de Dios, los cuatro ríos del jardín del Edén y las cuatro dimensiones de lo divino sobre las que tanto reflexionará San Bernardo: altura, longitud, largo y profundidad. En el centro brota una fuente en la que los monjes van a lavarse a la vuelta de sus trabajos dando una imagen permanente de bautismo y de gracia.

La iglesia cisterciense guarda también la tradición benedictina en su concepción de las masas arquitectónicas y de sus relaciones. No está concebida para acoger a los fieles externos al monasterio, pues se busca que este esté cortado del mundo. En contrapartida la iglesia es el centro del monasterio. Las demás edificaciones están subordinadas porque su papel es preparar cuerpos y almas para la oración y los oficios. La imagen de perfección moral se ilustra por el desnudo ornamental. Solo cuenta la forma. El muro de piedras simboliza la sobriedad. La piedra se utiliza en todos los lugares. Al igual que en el caso del

arte benedictino se ha hablado de la existencia de una arquitectura específicamente cisterciense. Se sigue discutiendo al respecto.

En el caso del Paular es especialmente interesante hacer una referencia a los cartujos, fundados en 1084 por San Bruno puesto que su tipo de monasterio está destinado a respetar su ideal de soledad y semieremitismo. Existe un claustro de dimensiones reducidas que se sitúa al lado de la iglesia. Además, se encuentra un gran claustro alrededor del cual se sitúan las celdas de los monjes. Estas celdas son casas individuales de un piso y en cierta medida un monasterio en tamaño reducido. Desde la fundación todo proyecto de construcción debe estar sometido al capítulo general de la orden, pero no se adoptó ningún principio sobre planos generales por lo que hoy podemos observar diferentes variedades.

En su apogeo, en el siglo XIV, la cartuja llegó a contar más de doscientos monasterios. Algunas cartujas se instalaron en el centro de las ciudades. Otras aceptaron construcciones y decoraciones que rompen el ideal de pobreza estricta de la Orden. Por ejemplo, los cartujos nunca negaron la venida a sus obras de artistas célebres y ello se pone de manifiesto especialmente en Italia.

Otros institutos religiosos desarrollaron otras formas de arquitectura religiosa, por ejemplo, las ordenes militares, la abadía real benedictina de Saint Denis origen del arte gótico, las ordenes mendicantes, etc. Y deben citarse, para terminar este capítulo, los monasterios (especialmente el Escorial y todo otro un conjunto de formas) asociados a la Contrarreforma y a los años siguientes. Con cierto pesar, A. Gerhards señala que en el siglo XVIII los edificios se encuentran lejos de la austeridad de la época medieval.

Junto a la arquitectura, pintura y escultura constituyen aspectos que interesan a quienes se acercan al monasterio. La escultura clásica sufrió un deterioro considerable en la etapa de invasión de los bárbaros. Entre los siglos V y VII, de acuerdo con las escasas obras que conocemos, cumple la función esencial de adornar los sarcófagos que se encuentran en las criptas y los cierres pétreos que separan a los fieles de los monjes. Los capiteles y sus decoraciones son principalmente de tipo floral, geométrico o animal.

La primera mitad del siglo XI marca los comienzos de la escultura monumental en especial en el norte de Francia. Se refiere de modo principal al interior de las iglesias y en especial a los capiteles. Empieza a aparecer la figura humana y a adornarse las fachadas y portales con esculturas de escaso relieve. Más adelante hacia el año 1100 cuando la construcción arquitectónica alcanza su madurez, la escultura invade todo el edificio. Las decoraciones esculpidas en superficies planas llegan a ser más importantes que las escultura de los capiteles. Al mismo tiempo nacen en España, en Francia, en Borgoña o en Italia los grandes portales románicos. La escultura figurativa llega a las fachadas, encontrando su independencia y su valor, en contraposición a la idea anterior de que las estatuas podían asimilarse a ídolos romanos y por tanto debían ser prohibidas.

En los tímpanos se representan el Apocalipsis de San Juan o el Dios mayestático del Juicio Final con todo su poder. Después, lentamente, con el progreso del pensamiento religioso la imagen del Dios vengador deja paso a la de un Dios más humano, próximo y fraterno. Cristo comienza a ser representado en la cruz en forma de una víctima que sufre y se comienza a representar a María bajo la influencia de San Bernardo. Se va a producir una cierta polémica entre un arte de iniciación de las masas y lo que se ha denominado un arte iniciático. Por último, empiezan también a aparecer la escultura en claustros, instalándose decoraciones en las columnas, en los pilares, etc. Resulta especialmente interesante para llegar a conocer la vida monástica y la social de su tiempo el estudio de tales capiteles.

Por su parte, la pintura mural no experimenta en su desarrollo las mismas penurias que la escultura. En la Italia de los siglos IV y siguientes se continuaron pintando frescos que son realizados por monjes y laicos que adornan de esta forma los muros de las iglesias. En la época románica, a partir del siglo XI, las iglesias son concebidas de forma que sus muros están totalmente pintados. Los frescos encuentran su ubicación bajo las ventanas encima de las arcadas, o en la nave, incluso en la bóveda. Las pinturas representan a personajes o a escenas que no tienen necesariamente relación entre sí. Al fondo del ábside se representa con frecuencia a un Cristo o a una Virgen mayestática, rodeada o no de apóstoles y ángeles.

Los colores que se utilizan son muy vivos. Los restos de capiteles existentes en diferentes lugares pueden dar idea de los motivos e importancia de las pinturas. Algunas ordenes religiosas tienen su propia concepción sobre la ornamentación. La orden de San Benito no impone nada específico y se contenta con decir que debe ser prohibido lo superfluo. Los cluniasenses no retroceden ante el refinamiento mientras que las ordenes que se definen por un ideal más estricto buscan una simplicidad rigurosa.

Sin duda, el análisis de las distintas escuelas pictóricas y su relación con los temas religiosos constituye un tema apasionante que puede ser objeto de otra conferencia. La relación entre monasterio y pintura, al igual que ocurre en determinadas artes mayores, es particularmente intensa en los siglos IX a XIV.

Entre las artes menores cuyas obras suelen encontrarse en un monasterio destacaremos la orfebrería, la iluminación de libros y las vidrieras o vitrales. Pero antepondremos a las mismas unas mínimas consideraciones sobre la música dado que la música occidental debe en buena parte su eclosión y su desarrollo a los monjes benedictinos. Al efecto, en la Regla monástica de San Benito se concede una posición muy destacada a la salmodia.

En primer lugar los monjes han contribuido a establecer la notación musical tal como la conocemos. Hasta el siglo VIII la música se transmitía por vía oral. Los manuscritos de canto sólo presentaban palabras, puesto que las melodías eran aprendidas y cantadas de memoria por quienes habían de hacerlo en las escuelas de canto de monasterios y catedrales. Sólo a partir del siglo IX se generaliza la notación escrita. Recordemos que en tiempos de Carlo Magno se pretendió uniformizar ritos generalizando el rito románico. Parece que los monjes empezaron a anotar los libros litúrgicos para acordarse de las melodías.

La notación escrita es un sistema de signos dispuesto por encima del texto y constituye un simple recordatorio que indica el número de notas y la dirección general del movimiento. A menos de conocer la melodía esa notación no resulta legible puesto que se trata de pequeñas barras inclinadas a la que se adjuntan puntos para mostrar si la melodía

sube o baja. Las barras verticales indican los agudos y los puntos los graves. La notación indica la altura de las notas pero no el ritmo. Un monje benedictino, Guy D'Arezzo inventó, más adelante, la manera de solfear que se utiliza en la actualidad.

El denominado canto gregoriano o canto llano es el que la melodía sigue el ritmo del texto constituye la primera gran componente de la música religiosa pero su importancia sobrepasa el estricto marco religioso. Se trata de una música explosivamente vocal y totalmente monódica. La música tiene una función fundamentalmente litúrgica utilizándose en la misa y en los oficios de la jornada del monje. La salmodia y los cánticos constituyen la mayor parte del objeto de la música. Posteriormente ésta se enriquecerá con la creación de nuevos géneros y la búsqueda de la polifonía. La música religiosa revestirá formas populares componiéndose canciones de Navidad o baladas religiosas. Sin duda muchos escritores e historiadores de la música siguen discutiendo diversos aspectos del origen, pero nadie discute la importancia de la música en la vida del monasterio.

La iluminación puede definirse como el arte de ilustrar y pintar a mano manuscritos. La iluminación se sitúa bien como ornamento de la inicial al principio del texto, bien en medio del mismo. Sirve a la vez de adorno y de imagen. El arte de la iluminación es en su origen una actividad exclusivamente monástica. Inicialmente copista y miniaturista son la misma persona. Después se produce una cierta división del trabajo. No conocemos los nombres de miniaturistas aunque algunos han querido dejar en Biblias, salterios, evangelios, etc. Alguna señal de identidad

Recordemos brevemente la forma de proceder. El texto es copiado antes de que se sitúen las ilustraciones. El copista reserva a cada miniaturista un determinado espacio, pudiendo el mismo manuscrito en consecuencia presentar diferentes tipos de iluminaciones. El pintor suele copiar miniaturas que extrae de obras antiguas. Cuando quiere realizar una obra original suele realizar previamente un croquis en el margen o sigue las instrucciones que en el se le indican. El origen de los colores es vegetal o animal y en otros casos proviene de diversos metales especialmente el oro. En los siglos IX y X predomina la iluminación de la abadía de Saint Gall para ceder el paso a la miniatura

alemana. En todos los casos las miniaturas suponen una fuente preciosa de informaciones sobre la vida de las épocas estudiadas.

De igual modo la orfebrería monástica adquiere una gran importancia. En efecto, un gran número de objetos de la época carolingia son objetos religiosos. Carlo Magno fundó un número muy elevado de talleres monásticos que producen objetos destinados a los monasterios, por ejemplo estatuas, relicarios, coberturas de evangelios con placas de orfebrería en las que se encuentran piedras preciosas mármoles etc. La orfebrería del período románico produjo una gran cantidad de objetos que son ofrecidos a los monasterios por personas que buscan asegurar su salvación o hacerse perdonar alguna falta cometida contra los religiosos. Es sobre todo el mundo de los relicarios el que merece la pena estudiar dentro de los límites de la aportación al conocimiento de la vida diaria del monasterio.

Por último las vidrieras constituyen una de las vías más importantes del edificio monástico. Conocemos por textos su historia más antigua puesto que muchas obras han desaparecido. Pero a partir del siglo once se pone de manifiesto la asociación arquitectura-vidriera. En la arquitectura románica las aberturas no son numerosas ni grandes y la vidriera debe permitir dejar pasar la suficiente luz para que permita el desarrollo del culto. Pero con la arquitectura gótica la vidriera cambia de carácter y presenta una evolución técnica que acompaña a las religiosas. Se habla de la abundancia de luz, del valor teológico de la misma puesto que simboliza a Dios. La luz del día, el verbo de Dios y la luz del Padre son símbolos utilizados para explicar misterios complejos.

XXXX

Como apéndice a este epígrafe y uniendo algunos aspectos a los que hemos hecho alusión, dedicaremos unas consideraciones al “scriptorium” y a la biblioteca.

Por “scriptorium” se entiende un taller en el que trabajan copistas, iluminadores y quienes han de ver con el libro manuscrito; necesidad prioritaria de la vida monacal, evidentemente en unos primeros momentos, pero con evolución lógica a lo largo de los

años. La producción de manuscritos tiene especialmente en sus comienzos, un carácter religioso. Así, la ejecución de la obra se dedica al patrón de la iglesia a que pertenece el taller.

La tarea del copista es larga e ingrata. En el sriptorium reinan el silencio y el frío invernal. Algunos describen la dureza del trabajo “dobla la espalda, oscurece los ojos, destroza el estómago”. Otros anotan en el margen con la misma escritura que emplean para el resto del manuscrito sus impresiones diarias y su estado anímico.

El monasterio proporciona en buen número de ocasiones el elemento clave para la escritura. En los siglos V y siguientes los textos se copian en papiro, pero su uso desaparece sustituido por el pergamino. Se trata de una piel de animal (vacuno, ovino, etc.) que se prepara mediante una serie de operaciones (eliminación de grasas, alisamiento, pulimento, etc.) y se enrollan o bien se cortan en hojas (codex, libro cuadrado).

Por su parte la biblioteca, como hemos señalado, resulta necesaria en un monasterio porque en él no se puede vivir sin la liturgia o el oficio que reproducen los documentos. El gran problema es siempre la constitución del “fondo” bibliográfico, su contenido es conocido en documentos y consuetudinarios. Los libros más numerosos son los que tratan de liturgia, Biblia, las obras de los Padres de la iglesia latina y traducciones al latín de los de la griega. Vidas de Santos, sobre todo de los fundadores, historia eclesiástica local, Reglas monásticas y obras de espiritualidad también están presentes. Pero no faltan Tito Livio, Salustio o Suetonio para temas históricos, ni Virgilio, Ovidio o Cicerón. También se encuentran obras de gramática, música, arte oratorio, medicina o ... legumbres

VII. SAN BENITO

Como señalan autores diversos los estudios sobre la vida de San Benito son enormemente numerosos y oscilan entre las críticas más duras y las alabanzas no matizadas. Aun hoy se registra esta búsqueda de la adecuada colocación de su vida y su obra en el contexto al que nos permite llegar la crítica de los excesos y falsificaciones documentales. Tal como nos señala G. Colombas el resultado de la búsqueda de la vida de

San Benito desprovista de cuantos elogios y exageraciones se registraron sobre ella a través de los tiempos resulta particularmente interesante y digna de conocimiento. En cuanto sigue nos basaremos en el volumen editado por el Consejo de Europa que lleva el título de “Padre de Occidente”. Como señala su prólogo la figura del Santo se obtiene a través de los diálogos de San Gregorio y de la valoración científica – al menos en su estado actual -. Quizás dentro de muy pocos años algunos o varios aspectos habrán de ser reconsiderados.

Como se ha dicho la fuente principal de la vida de San Benito se encuentra en el libro II de los “Diálogos” de San Gregorio Magno, obra que presenta la técnica expositiva utilizada en muchas épocas de un diálogo figurado. En él, su autor cuenta que un día, deseando reposar de las preocupaciones del pontificado, confiaba a su interlocutor la admiración por muchos santos que se habían dado a la contemplación.

Su interlocutor le hace notar que él no había conocido muchas personas excepcionalmente virtuosas y no comprendía que sus recuerdos pudiesen perturbar al Papa. Ciertamente hay hombres virtuosos pero que no obran maravillas o milagros. San Gregorio le responde que él podría hablar de tales personajes que le han hecho conocer testigos fidedignos. Su interlocutor aprovecha la ocasión para pedir a San Gregorio que le hable de ellos pues los ejemplos de santos y sus milagros estimulan la humildad y hacen desear el cielo. San Gregorio pone manos a la obra narrando hechos susceptibles de edificar. Su relato – nos dice M. Standaert – probarán que Dios no abandona a su pueblo en medio de las calamidades que le afligen. Ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento faltan hombres cuya vida y hechos prueban que Dios no abandona a los que ama. Santos hubo en Oriente pero también muy cerca de los hombres y regiones cercanas. Es lo que quieren probar los “Diálogos sobre la vida y milagros de los Padres italianos y la eternidad de las almas” escritos entre Julio del 593 y Noviembre del 594.

Los Diálogos comprenden cuatro libros. El primero y el tercero se dedican a doce y treinta y siete personajes a lo largo también de doce y treinta y ocho capítulos. El segundo que también tiene treinta y ocho capítulos se dedica a un solo personaje: San Benito. El libro IV se centra en el tema de la vida del alma después de la muerte. Ciertamente nos

centraremos en el libro II pero, como agudamente recoge Standaert, no debe olvidarse que el conjunto de libros es una unidad y que con ella la figura del único personaje al que se dedica en su integridad uno de los libros resulta aún más resaltada. En las propias palabras de San Gregorio, Benito “estaba pleno del espíritu de todos los justos, reuniendo las virtudes y los dones de todos los demás”.

El prólogo del libro segundo comienza con una frase de doble sentido: “Existió un hombre de vida santa, bendecido (Benedictus) por la gracia y por el nombre, el cual desde su infancia mostró la sabiduría de un anciano”. Nacido en Nursia en fecha aún indeterminada aunque se suele citar la del 480, en una familia acomodada fue enviado a Roma para llevar a cabo estudios liberales. No tardó en alejarse, temeroso de ser arrastrado al desorden moral en que veía hundirse a sus compañeros. Salió de Roma y también de la casa y los bienes de su padre deseando agradar a Dios y aspirando a la vida monástica.

San Gregorio cita a continuación sus fuentes de conocimiento en forma de cuatro testigos de la vida y obra de San Benito. Son ellos: Constantino, sucesor de San Benito en Monte Casino; Valentiniano, abad del monasterio de Letrán; Simplicio, sucesor de Constantino; y Honorato, abad de Subiaco, el único vivo en el momento en que escribe San Gregorio. Contrasta que en los otros libros de Diálogos las fuentes son anónimas mientras que en el libro II siempre se citan textualmente.

Benito se retiró a lugares desiertos y empezó por detenerse en Enfide donde quisieron retenerle a él y a su nodriza una serie de personas. Un día se rompió una criba que había sido prestada a la nodriza. Viendo el dolor de ésta, Benito se puso a orar y la criba se arregló. El prodigio se expandió, se colocó el objeto en la puerta de la iglesia del lugar y... se fue más lejos aún, solo esta vez. Él temía, después del milagro ser tentado por la vanagloria.

Se fue a Subiaco, lugar situado a cuarenta millas más ó menos de Roma. En su camino se encontró con un monje llamado Romano que, después de conocer la voluntad del joven, le dio un hábito monástico y le proporcionó la alimentación durante los tres años que pasó en una gruta estrecha prácticamente inaccesible. Romano hacía llegar a Benito el

pan por medio de una cuerda a la que se ataba una campanilla que el lanzaba desde un acantilado hasta que llegó un día en que debió buscar otro sistema: el diablo furioso tanto de la caridad de Romano como del consuelo de Benito había lanzado una piedra para romper la campanilla.

Después, un día de Pascua un sacerdote que vivía bastante lejos recibió una visión en la que se le ordenaba llevar a Benito una comida festiva por tal motivo. Después de haber descubierto la ermita y la oración en común invitó a Benito a compartir la comida; pero este no comprendió lo que se trataba puesto que ignoraba que fuese ese día de Pascua. En la misma época pastores de los alrededores descubrieron también al hombre de Dios en su gruta. Debido a su aspecto externo le tomaron por un animal salvaje. Se establecieron relaciones para el bien de estos pastores un tanto bastos y a su vez las personas de los alrededores vinieron a ver a San Benito proporcionándole la alimentación corporal y éste por medio de sus enseñanzas les llevaba a una vida mejor.

Pero el Tentador no olvidaba a Benito. Éste fue turbado de tal forma por la visión y el recuerdo de una mujer hermosísima que estuvo a punto de dejar su retiro. Él se rehizo y desnudo se precipitó a un matorral lleno de espinas y ortigas, y a partir de ese momento domó también la tentación de la carne que nunca volvió a experimentar (capítulo II del Diálogo correspondiente).

La fama de San Benito se extendía cada vez más. Los monjes de un monasterio cuyo abad acababa de morir le fueron a pedir que él lo fuese. Benito vaciló pues sabía que las costumbres de quienes lo pedían distaban de ser perfectas. Acabó cediendo y fue su superior; pero las cosas no tardaron en estropearse. Los monjes se arrepintieron de tener un abad que no toleraba sus desórdenes y ensayaron deshacerse de él ofreciéndole una bebida envenenada. Benito hizo el signo de la cruz sobre la bebida que le presentaban y el vaso se rompió como si hubiese sido una piedra. Comprendiendo que se le había querido envenenar, muy tranquilo se levantó y volvió a su soledad.

Cuando el Santo en su soledad hubo progresado en virtudes y en milagros vio llegar a él un gran número de discípulos deseosos de servir con él a Dios todopoderoso.

Construyó para todas esas personas doce monasterios en los que vivían doce monjes y un abad. El mismo vivió en un decimotercer monasterio encargándose de formar en él a los novicios. Entre ellos hubo algunos notables a los que recuerda los Diálogos: Mauro y Plácido.

Gregorio narra después algunos hechos asombrosos que tuvieron lugar en Subiaco. Así, en uno de esos doce monasterios, un monje joven es incapaz de permanecer en la oración después del Oficio. Su abad no consigue corregirle y da cuenta a Benito que se traslada al monasterio. Ve que al final del Oficio un niño saca al monje fuera, lo que también ve Mauro. La visión se repite y al tercer día Benito con un golpe con una vara cura para siempre al monje. El demonio nunca volvió a dominar el pensamiento del monje.

Se registran otros prodigios. A tres de los monasterios, situados en lo alto de las montañas les falta agua. Con el fin de evitar idas y venidas peligrosas los monjes piensan cambiar el emplazamiento. Benito les recomienda golpear la roca en un lugar determinado. Al día siguiente brota agua abundante. Otro día un godo ocupado en quitar hierbajos del borde del lago golpea tan fuerte con su hoz que la hoja se separa y cae en el agua más profunda. El hombre busca a Mauro para acusarse de esta falta. Mauro habla a Benito el cual acercándose al lago toma la manga del instrumento y la arroja al agua. La hoja viene al momento a situarse en la manga.

La fama de Benito crea celos a un sacerdote de una iglesia vecina que quiere deshacerse de su vecino enviándole un pan envenenado. Benito ordena a un cuervo llevarse lo mas lejos tal regalo. La envidia sigue haciendo estragos en el clérigo citado que no pudiendo alcanzar al maestro se dedica a perturbar a los discípulos. Envía siete muchachas desnudas a bailar en el jardín del monasterio lo que Benito percibe desde su celda. Comprende que la malquerencia es personal y no queriendo exponer al peligro a sus monjes, Benito abandona Subiaco. Da una Regla a los doce monasterios y coloca priores y subpriors. Poco después el clérigo envidioso muere cuando su casa se hunde. Mauro, muy contento, se apresura a comunicar el suceso a Benito rogándole vuelva a Subiaco. Benito no hace caso y regaña a Mauro por haberse regocijado con la muerte de un enemigo.

Desde Subiaco Benito se traslada hasta un burgo en el flanco de una montaña, Monte Casino (se suele situar en el año 529). Se instala en la montaña en la cual recibe culto Apolo y están consagrados a los demonios algunos bosques. El hombre de Dios comienza por incendiar los árboles y derribar el altar. Establece un oratorio en honor de San Martín y dedica un altar a San Juan Bautista. Gregorio observa que al pasar a otro emplazamiento Benito no ha cambiado de enemigo: el demonio le sigue tendiendo trampas y molestándole. Es él quien coloca una piedra tan pesada que los monjes no llegan a moverla hasta que interviene la oración de San Benito. Es el demonio quien en la cocina donde se había dejado un ídolo encontrado en tierra da la ilusión de que se ha producido un incendio. La oración del abad curó el espíritu de los hermanos víctimas de la alucinación. También en los trabajos de construcción el diablo hace caer un muro en un monje. La víctima se encuentra muy mal pero Benito corre, reza y el monje puede volver al trabajo.

Tras esta secuencia de intervenciones diabólicas los Diálogos recuerdan varios actos de profecías atribuidos a Benito. Recordemos dos de ellos: dos hermanos han debido salir del monasterio para alguna misión. En el itinerario, quebrantando la Regla, toman una comida. A su vuelta Benito les pregunta que donde han comido. Ellos le replican que en ninguna parte. Benito les precisa tanto lo que han comido y bebido como el lugar donde lo han hecho. Les perdona su falta sabiendo que ellos no volverían a pecar puesto que lo sabrían presente espiritualmente.

Otros hechos. Benito sabe que una frasca de aceite ha sido robada y ocultada; conoce que un monje ha aceptado pañuelos como regalo de unas monjas; conoce los pensamientos orgullosos que un hermano manifiesta en su interior; en tiempos de hambre predice que el pan que falta hoy no faltará mañana y se encuentran al día siguiente doscientos celemines de harina a la puerta del monasterio. Un monje había salido sin permiso del monasterio para ir a ver a sus padres. Murió en su casa y se le enterró, pero en dos ocasiones se le encontró fuera de la tumba donde había sido sepultado. Puesto al corriente del tema, Benito recomendó colocar el Cuerpo del Señor en el pecho del monje, indicando que él entraba en paz con su superior y las cosas volvieron a su orden. Son muchos los capítulos de los Diálogos, desde el XI al XXXII que hablan de estos y otros

sucesos permitiendo hacer a Gregorio y a su dialogante reflexiones sobre el poder de los santos, el espíritu de los justos, la contemplación de Dios, etc.

Una vez expuestos estos hechos prodigiosos, San Gregorio señala una cosa digna de admiración. El hombre de Dios ha escrito una Regla para sus monjes, notable por su discreción y luminosa en su expresión. De ella se puede deducir la manera en que vivió Benito puesto que realmente no se conocen más detalles de su vida personal. La lógica gregoriana señala que es precisamente la Regla la que orienta sobre su vida pues no podía dar enseñanzas distintas de la forma de vida que el mismo practicaba.

Se llega así, al final de la vida de Benito. El año en que murió predijo a algunos hermanos el día de su muerte. Seis días antes de expirar hizo cavar su tumba. Con alta fiebre se hizo llevar al oratorio recibiendo el Cuerpo y la Sangre del Señor. Después apoyando sus miembros debilitados en los brazos de sus discípulos, se puso de pie con las manos levantadas hacia el cielo y en sus últimos suspiros murmuró oraciones. Ese día dos hermanos tuvieron una visión idéntica: la de una vía cubierta de una alfombra de flores y con innumerables luces que desde el oriente iba de la celda de Benito hasta el cielo. Se les decía en la visión: “es la vía por la que Benito, precioso al Señor, ha subido al cielo”.

Con Standaert hemos resumido los Diálogos de San Gregorio en los que se describe la vida de San Benito. Numerosos manuscritos se conservan de ellos, así como ediciones y traducciones a diversas lenguas. La gran pregunta es hasta que punto se puede distinguir entre lo maravilloso y lo real. El estudio de los Diálogos desde el punto de vista de la crítica histórica y literaria pone de manifiesto que buen número de aspectos: la existencia de Benito, su nacimiento, su estancia en Enfide, en Subiaco, en la gruta, en el monasterio, en Monte Casino, etc., son confirmados. No obstante, cuando se habla de milagros, maravillas, etc., se tiende en la actualidad a ser mucho más reservados. Quizá, a partir de los Diálogos y sobre todo de la Regla se pueda construir la fisonomía real de uno de los mayores hitos del monacato cristiano.

Pero San Benito, sobre todo en los tiempos modernos y desde su declaración en 1.964 como “Patrón de Europa” es objeto de varias calificaciones que merece la pena reproduzcamos a modo de homenaje final de estas reflexiones:

a) Maestro de la cultura y de la civilización. Europa no es solo una entidad geográfica y política. Es también lugar donde se ha creado una cultura que se constituyó por el encuentro de la antigüedad grecorromana y del mundo germánico bajo la influencia del cristianismo. En la elaboración de esta cultura participaron de forma decisiva la Regla de San Benito y los monjes que la han aplicado. Conocemos – los hemos visto en un epígrafe anterior – los escritorios. A ello habría que añadir las escuelas monásticas que proporcionaron en siglos remotos y prácticamente monopolizadores de ello a los jóvenes educación y cultura. Pero sobre todo en este orden hay que citar la valoración, revolucionaria en su época, del trabajo manual.

b) Mensajero de la paz. Curiosamente, este título se da a un hombre que nunca se preocupó de la alta política. Como señalan los Diálogos de San Gregorio sólo en una ocasión San Benito tiene una acción dialogante que se muestra muy fructífera con un rey de los godos. Benito es un hombre de paz y así lo manifiestan numerosos monasterios benedictinos. Esa paz se manifiesta en los momentos actuales en la multitud de personas que buscan en los monasterios la paz consigo mismo, con Dios y con el mundo que les rodea. La paz de San Benito está íntimamente asociada a la justicia entendida ésta no como un igualitarismo simple sino teniendo en cuenta a cada individuo.

c) Arquitecto de la unidad. Si bien una de las primeras ocupaciones fue conseguir la unidad en las pequeñas comunidades de monjes, considerando su mantenimiento como una responsabilidad del abad, se ha registrado una cierta paradoja. San Benito nunca pensó en fundar una gran orden destinada a abarcar el mundo; pero en su obra se presentaba una fuerza que revestiría una importancia para el porvenir de Occidente: su Regla. Como señala Danmertz “Benito que quería huir del mundo y que se había retirado a la soledad mas profunda, fue, por medio de su Regla, sin haberlo querido y sin darse cuenta arquitecto de la unidad de Occidente”.

d) Heraldo de la fe cristiana. En su monasterio Benito no había impuesto tareas pastorales y tampoco pretendía fundar una orden misionera; pero, como hemos visto cuando los pastores le descubren en Subiaco, él les predica la fe. En los años sucesivos los hijos de San Benito no han vacilado en dejar el silencio del claustro para dedicarse a la predicación. Recordemos en nuestro epígrafe histórico la importancia que la evangelización hacia y desde Inglaterra se registra desde el envío por parte del Papa Gregorio el Grande.

e) Fundador del monacato occidental. Si bien San Benito no pensó en fundar una orden si pretendía precisar un modo de vida para su monasterio. Pensaba escribir solamente una Regla modesta para primerizos en la vida monástica. Sus exigencias eran mucho menores que las Reglas monásticas orientales y occidentales que conocía. Por ello su discreción, su sentido agudo de la medida valieron a la Regla benedictina su aceptación por el monacato occidental y su desarrollo en diversas familias.

VIII. A MODO DE EPÍLOGO

En un mundo en el que la búsqueda continua de sensaciones y emociones nuevas parecen constituir para muchos la única forma de vida, la existencia pasada y actual del monacato lleva a preguntarnos acerca de una amplia gama de cuestiones.

Con pluma ágil, Moulin⁴⁰ ha señalado: “Casi todo lo que ha escrito (en un volumen de 500 páginas) lo ha sido en tiempo pasado. Nos resulta familiar la vida diaria de los monjes medievales; pero no debe deducirse de ello que la vida que los monjes actuales llevan a cabo sea radicalmente distinta, ni, sobre todo un anacronismo, una supervivencia”. Bastaría vivir unos días en alguno de los monasterios actualmente existentes y que alberga una comunidad para convencerse de que hay una similitud en las grandes líneas de los ritmos de la vida monástica con respecto a los usos y costumbres del pasado; pero sobre todo que la experiencia monástica tiene un sentido – quizá discutible - en nuestros días.

⁴⁰ L. Moulin: “ Actualité de Saint Benoît “, op. cit. pp. 468 y ss

En este orden, G.Miccoli⁴¹ se ha preguntado sobre la emergencia de una cultura monástica, que aparece cada vez más corroborada por un amplio consenso político y social. Para él se trata de una maduración lenta y compleja de experiencias, de tentativas, de elaboraciones culturales e ideológicas y de propuestas institucionales. El proceso no es fruto solo de una experiencia religiosa, sino que han de descubrirse las raíces de diversos órdenes que subyacen en el monacato para una correcta valoración histórica.

“Lo que representa el punto de llegada de una espiritualidad, de una cultura, y de una ideología que son reconstruidas y comprendidas en sus raíces y en sus componentes, se convierte muy a menudo en indiscutible punto de partida para reconstrucciones históricas que se reducen a una triunfalista prosopopeya, o la estática evocación contemplativa de un deber ser. Pese a la inagotable labor llevada a cabo por historiadores y eruditos, el largo recorrido de la humanidad monástica solo ha podido obtener una historización más real y adecuada en estas últimas décadas”. Pensamos que, en la medida de lo posible, estas reflexiones están en esta línea, como pretenden estarlo también los datos que la cierran y que se han obtenido de las Actas de diversos congresos en los que monjes y monjas de buena voluntad se preguntan por multitud de cuestiones, utilizando las técnicas de análisis de la sociología moderna y otros instrumentos.

Así, por ejemplo, en el “Simposio Monástico” conmemorativo de los 1.500 años de San Benito el Cardenal Prefecto de la Congregación para los religiosos se pregunta y responde a tres cuestiones claves:

1. ¿Qué puede ofrecer hoy al mundo una comunidad monástica?
2. ¿Qué significa hoy para la Iglesia la existencia de un monje?
3. ¿Qué esperan la Iglesia y el mundo de hoy de un abad?

A estas cuestiones responde de una forma muy sencilla:

⁴¹ G. Miccoli: “ Los monjes”, Cap. I de la obra coordinada por J. Le Goff “El hombre medieval”, v. española Alianza.

A la primera cuestión señala que la comunidad ha de constituir un modo de vida evangélico, una auténtica familia, un lugar de serenidad y de paz.

A la segunda cuestión, el monje de hoy es definido como un hombre que escucha, un hombre que busca, que ama y que da en la Iglesia servidora que evangeliza.

A la tercera que sean verdaderamente maestros, padres y pastores.

En su respuesta se pone de manifiesto los valores actuales de la Regla de San Benito, lo que permite también llamar la atención sobre las características fundamentales de la vida benedictina como son la oración, el trabajo, el ejercicio paterno de la autoridad. El actual Papa ha destacado también el valor del trabajo y la importancia de la reflexión espiritual. El Papa se pregunta si la sociedad y los hombres han perdido el interés por el sentido de la espiritualidad y se cuestiona si podemos volver quince siglos atrás al tiempo en que nació San Benito. Su respuesta es muy ilustrativa: “no se puede volver atrás. Se debe encontrar de nuevo el sentido de la vida en el contexto de nuestro tiempo. De otro modo no es posible. No deben ni pueden volver atrás a los tiempos de San Benito pero deben volver a encontrar el sentido de la existencia humana según la medida de San Benito.”

Resulta muy interesante hacer referencia a una serie de encuestas que se llevaron a cabo en los primeros ochenta entre diversas comunidades de la gran familia benedictina. Cuestiones como los valores de la Regla que influyen en la vida espiritual, la presencia en la Iglesia local y en la sociedad, los problemas de la comunidad, etc. Son objeto de investigación. Sorprende la pluralidad de respuestas se encuentran. Ello pone de manifiesto en, opinión personal, que sólo existe un aspecto fundamentalmente inmutable en los avatares de la multiplicidad de facetas que se refieren a la vida del monje, en la que hemos intentado profundizar tras hacer una descripción “externa” a lo largo de nuestro paseo: se trata pura y simplemente de una forma de intentar vivir el Evangelio. Y si queremos puntualizar más habría de señalarse que el monje busca esa vivencia con que autenticidad y sencillez.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA.

ANDRADE CERNADAS, J.M.: “El monacato benedictino y la sociedad de la Galicia Medieval”, seminario de Estudios Galegos, 1.997

BATSELIER, P.: “Saint Benoît, père de l’Occident”, Zodiaque, 1.980, edición del Consejo de Europa.

BLOCH, M.: “La société féodale”, Albin Michel, 1.994

BOBRINSKOY, B.A.: “Monasticism” en Encyclopaedia Britannica.

BREVERS, D.: “Nobleza, monjes y campesinos”, Edhasa, 1.997

BÜHLER, J.: “Vida y cultura en la Edad Media”, F.C.E., 1.996

BURTON, J. : “The Monastic Order in Yorkshire, 1069-1215”, Cambridge University Press, 1999.

CANTERA MONTENEGRO, M.; CANTERA MONTENEGRO, S.: “Las órdenes religiosas en la Iglesia Medieval, s. XIII a XV”, Arco libros, 1.998.

COLOMBAS, G.M.: “La Regla de S. Benito”, BAC, 1.979
“El monacato primitivo”, BAC 1.998 2 ed.

CUADERNOS DE INVESTIGACIÓN DEL MONASTERIO DE SANTA MARÍA LA REAL: Seminarios sobre el Monacato, 1.988 – 1.996, Aguilar de Campoo.

CURSOS DE CULTURA MEDIEVAL: “La vida cotidiana en la Edad Media” y otros títulos. Ed. Polifemo, 1.997 – 1.998.

DAHMUS, J.: “A History of the Middle Ages”, Barnes and Noble, 1.995

- DIAZ-PLAJA, F.: “La vida cotidiana en la España medieval”, Edaf, 1.995
- DUBY, G.: “Feodalité”, comprende una docena de trabajos del autor Gallimard, 1.996
- ESCOLAR SOBRINO, H.: “Historia de cinco ciudades y un monasterio”, 1.997
- FLORI, J.: “Chevaliers et chevalerie an Moyen Age”, Hachette, 1.998
- FORTÚN, L.J.: “Leire: un señorío monástico en Navarra (siglos IX-XIX), Pamplona 1.993
- GARCÍA DE CORTAZAR, J.A. y SEGURA MUÑOZ, J.A., “Historia de la edad media”, Alianza, 1.997
- GERHARDS, A.: “Dictionnaire historique des ordenes religieux”, Fayard 1.998.
- HEER, F.: “El mundo medieval” en “Historia de la cultura”, Guadarrama, 1.963
- IRADIEL, P.; MORETA, S.; SARASA, E.: “Historia medieval de la España Cristiana”, Cátedra, 1.995
- KNOWLES, D.: “El monacato cristiano”, Labor, 1.970.
- LACEY, R. Y DANZINGER, D.: “The year 1.000-What life was like at the turn of the first Millenium”, Little, Brown and Co., 1.999
- LAWRENCE, C. H. : “Medieval Monasticism”, Longman 1989. Versión española Gredos 1999.
- LE GOFF, J. (ed.): “The medieval World”, v.ingl. Parkgate Books, 1.991 y en especial el Capítulo I “Monks”. Versión español Alianza 1995

- LEKAS, L.J.: "Los cistercienses", Herder, 1.987
- LENCART, J. : "O Costumeiro de Pombeiro: una comunidade beneditina no séc XIII",
Estampa, Lisboa, 1997.
- LIGNEROLLET, Ph.: "Les moines d'Occident", Bayard, 1.996
- LINAGE CONDE, A.: "Los orígenes del monacato beneditino en la Península Ibérica",
Centro de Estudios e Investigación S. Isidoro, 1.973.
-"Benedictinos en España y en Australia en la restauración
monástica del ochocientos".
- MÁRQUEZ de la PLATA, V.: "Los españoles de hace 900 años", Tibidabo, 1.997
- MARTÍNEZ DÍEZ, G.: "El monasterio de Fresdelval", Caja de Burgos, 1.997.
- MASOLIVER, A.: "Historia del monacato cristiano", Madrid 1.994.
- MONASTERIO DE VILLAMAYOR DE LOS MONTES: "Jornadas Culturales con
Motivo del IX centenario de la Fundación del Cister, Burgos, 1998".
- v. OS, H.: "The Art of devotion 1.300-1500" Merrell Holberton, 1.995.
- PÉREZ de URBEL, J.: "Las grandes abadías beneditinas", 1.928.
- PERNOUD, R.: "Para acabar con la Edad media", Medievalia, 1.998.
- PLATT, C.: "The Abbeys and Priories of Medieval England", 1.996
- POUNDS, N.J.: "La vida cotidiana: historia de la cultura material", Crítica 1.997.
- PRESSOUYRE'L (dir.): "L'espace cistercien", Paris, 1.994

PREVITE-ORTON: "Historia del Mundo en la Edad Media" "The Cambridgs Medieval History", Sopena 1.967

R. de PASCUAL (ed.): "Humanismo y Cister", Universidad de León, 1.996

REYNOLDS, S.: "Fiefs and Vassals", Clarendon Press, 1.994

RUIZ HERNANDO, J.A.: "Los monasterios jerónimos españoles", Caja Segovia, 1.997

SANTACANA TORT, J.: "El monasterio de Poblet (1.151-1.181)", C.S.I.C. Barcelona 1.974

STEGGINI, O.: "La reforma del Carmelo Español", Diputación de Ávila, 1.993

YAÑEZ NEIRA, D.: "Historia del Real Monasterio de S. Isidro de Dueñas", Diputación Palencia, 1.969

VV.AA.: "La introducción del Cister en España y Portugal", Ed. La Olmeda, 1.991.